

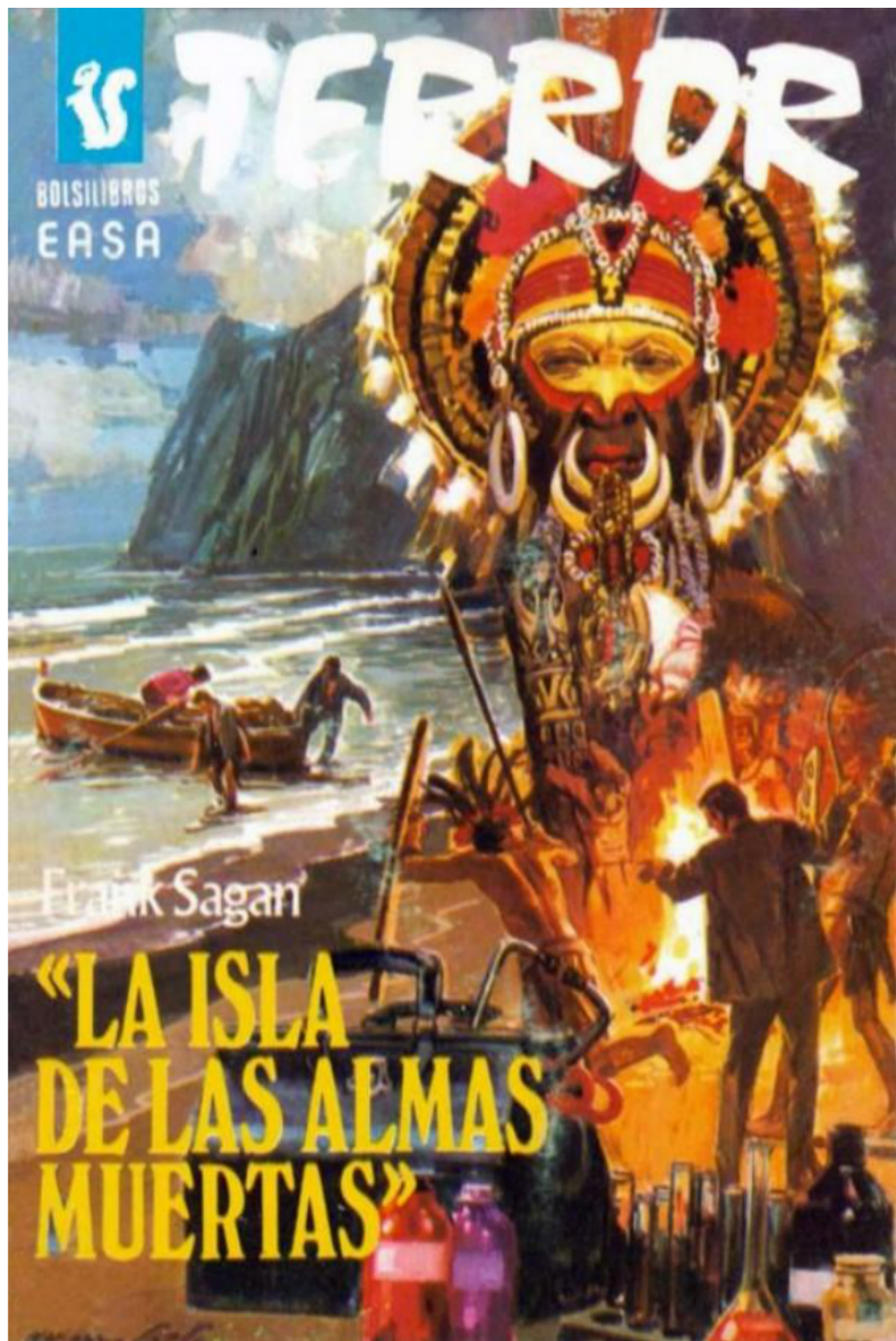


BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Frank Sagan

«LA ISLA DE LAS ALMAS MUERTAS»



TERROR &





EDITORIAL ANDINA, S. A.

© FRANK SAGAN

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03211-1

Depósito legal: M. 33.489 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

“LA ISLA DE LAS ALMAS MUERTAS”

Frank Sagan

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

E

L que un hombre como yo, joven —treinta años recién cumplidos—, no mal parecido, sano, sin obligaciones y con una fortuna que se estimaba como una de las mayores de Francia, hubiera caído en la profunda sima del desaliento, llegando hasta odiar a la vida, parece algo fuera de toda lógica.

Lo que son las cosas; no obstante mi riqueza y salud y el privilegio de que goza todo hombre adinerado, no sabía qué hacer.

Me estaba matando la melancolía y esto puede explicarse si digo que no hacía ni dos meses que tuve la desgracia de quedarme viudo. Supongo que no soy una excepción entre los hombres que han amado a su esposa con auténtica locura. Habrá muchos; pero el golpe que me propinó el destino fue tan fuerte que caí poco menos que en una desesperación sin límites.

Todo me daba igual.

Allí donde encaminaba mis pasos, llevaba conmigo el recuerdo de la que tanto amé. Cada objeto de mi casa adquiría voz y me hablaba de los días pasados. Las paredes repetían una voz que nunca oiría otra vez. En cualquier espejo que mirase, veía el reflejo de una presencia perdida para siempre. Cuando me acostaba, me parecía sentir el sonido de pasos alrededor del lecho y escuchar el susurro de un vestido al otro lado de la puerta.

En suma; llevaba camino de volverme loco.

Y así hubiera sido de no haberse introducido en mi existencia un hecho inesperado.

Una noche en la que me encontraba meditando muy seriamente sobre la conveniencia de entregarme a la bebida, enviciarme en el juego, introducirme en los abismos del sexo o pegarme un tiro —y debo decir que me inclinaba por la última solución—, entró mi criado Jean en el despacho para decirme que afuera había un caballero que deseaba verme.

Antes de continuar mi relato, permítaseme hacer un inciso para dedicar un pequeño espacio a Jean. Más que mi criado, era un preceptor y un amigo, porque yo le conocía desde que tuve uso de razón. Él había sufrido mis travesuras infantiles, él fue mi confidente y consejero al llegar a la edad adulta y él, en una palabra, era algo inherente a mi vida, de forma que la misma, sin Jean, se me hubiera antojado vacía.

Mi fortuna me permitía mantener una gran servidumbre en la que Jean reinaba como monarca absoluto. Ahora bien; a pesar del lazo tan estrecho

que nos unía, jamás se dirigía a mí de otra forma que no fuera la de un respetuoso criado, utilizando el inevitable «Señor».

—¿Quién es, Jean? —pregunté un poco fastidiado, porque al haberme apartado por propia decisión de la sociedad, me había convertido en un misógino recalcitrante hasta el punto de que no deseaba el contacto con mis semejantes.

—Me ha entregado esta tarjeta, señor.

Apenas puse mis ojos en la pequeña cartulina, reconocí el nombre. Lo que me extrañó es que su propietario se presentara precisamente ahora, como llovido del cielo, cuando hacía más de seis años que no tenía la menor noticia suya y, por esta causa, su recuerdo fue a parar al más absoluto de los olvidos.

¡El bueno de Michael!

Nuestra amistad se remontaba a los ya lejanos días de la Universidad y fue el amigo más íntimo que tuve. Al terminar los estudios, nuestros caminos se separaron y, solo de tarde en tarde, fui teniendo algunas noticias suyas.

—Dile que pase.

Antes de seguir debo decir que Michael eligió el camino de la Medicina y que, ya desde sus años juveniles, no creía en nada que no pudiera gustar, ver o tocar. Tenía un sentido muy rígido de lo justo y lo injusto, poseía un carácter muy bondadoso, pero estaba absolutamente convencido de que el hombre descendía de un bruto y no de otra cosa y que el alma no existía, siendo tan solo el reflejo de la materia gris del cerebro. Resumiendo; era un agnóstico total. Naturalmente, con estas convicciones, nada tuvo de extraño que la Medicina lo llamase a su seno.

Apenas lo tuve delante de mí, comprobé que había cambiado muy poco. Continuaba siendo el mismo hombre de cara cuidadosamente rasurada, amplia frente y ojos penetrantes que, cuando se posaban en uno, parecía que llegaban hasta lo más profundo del ser.

—Esta sí que es una buena sorpresa —exclamé en tanto le estrechaba calurosamente la mano—. Una buena sorpresa. No te extrañarás si te digo que eres la última persona a la que esperaba ver.

—Lo supongo —sonrió—. Si te soy sincero, tendré que decirte que tenía mis dudas de que aún me recordaras, querido Paul.

—¿Cómo no me voy a acordar! Anda, siéntate... Ponte cómodo y dime qué prefieres. ¿Whisky o coñac?

—Lo que te dé la gana. Pero, poco... Ya sabes que nunca fui bebedor.

Mientras preparaba las bebidas, continué oyendo —a mis espaldas—, la voz de mi amigo.

—Me enteré de la pérdida de tu esposa, Paul... Creo innecesario decirte lo mucho que lo lamento porque tengo entendido que la amabas muy

intensamente...

Me temblaron las manos y ello fue la causa de que derramara el licor que en aquel momento estaba escanciando en un vaso.

—Lo siento —repetió—. En fin... Las cosas pasan y no sirve de nada lamentarse, Paul. Si fuera un cura, trataría de consolarte diciéndote que algún día os reuniréis en el Cielo y todo eso... Pero, ya me conoces y no ignoras cómo pienso...

Esta era otra de las características de Michael. Su brutal sinceridad. Llamar a las cosas por su nombre y no esconderlas en cortinas de humo de frases hipócritas.

—Sí, lo recuerdo —comenté en tanto le entregaba el vaso de *whisky*—. Tú nunca creíste en nada, amigo mío.

—Cierto. Lamento decirte que en nada, excepto en lo que veo, en lo que mis cinco sentidos aprecian.

—Así que, para ti, no existe ninguna posibilidad de un milagro, pongo por ejemplo...

—¡Hombre! Ya sé que esas cosas sirven de consuelo a los creyentes... No niego que pueden ser hasta beneficiosas. Pero, mira, la ciencia enseña que toda esa clase de maravillas que nuestros abuelos calificaron de milagros, no son sino leyes que comenzamos a comprender. Anda, plantéame un caso.

Bebió un sorbo muy pequeño de licor, esperando mi respuesta.

—Bien —contesté al azar—. ¿Si alguien te dijera que una persona puede morir y su espíritu trasladarse a otra persona, con lo que comenzaría a vivir de nuevo...?

—¡Por Dios, Paul! —protestó—. ¡No creerás semejante estupidez! En eso coincido con los curas, al negar la reencarnación, aunque por motivos diferentes, claro.

—¿Y si te dicen que alguien puede vivir mil años?

—Pues le diría que estaba loco o era un embustero, sencillamente. Eso es imposible.

—¿O que los muertos pueden comunicar con los vivos?

—¡Ja! Convénceme de algunas de esas cosas y me retractaré públicamente... Y hasta si quieres, haré penitencia vestido con un sayo y llevando en mis manos un cirio tan gordo como una de esas columnas que soportan el porche de tu casa...

No tenía que añadir ni una palabra más para que yo me convenciera que su escepticismo no solo continuaba tan firme como en el pasado, sino que era todavía mayor.

—Está bien, Michael. Respeto tus opiniones, pero voy a decirte algo. Cuando me anunciaron tu visita, estaba a punto de tomar una determinación bastante drástica...

—Ya. ¿No estarías pensando en pegarte un tiro?

Habló en tono de chanza sin sospechar que, con sus palabras, había acertado de lleno en la diana.

—Piensa lo que quieras, pero eso es exactamente lo que estaba casi decidido a hacer.

Desapareció el gesto burlón en su semblante, frunció el ceño y me miró fijamente.

—Si no te conociera, Paul, pensaría que quieres reírte de mí. Pero tú nunca fuiste muy dado a las bromas... ¿Cómo es eso, amigo? Te diré que, para mí, no existe ninguna razón tan poderosa que obligue a un hombre a cometer semejante disparate. Y en tu caso... Veamos; eres joven, sano, tienes una fortuna muy considerable, puedes darte todos los gustos y caprichos que te parezcan, no estás sujeto a la esclavitud de un trabajo agotador, no haces nada, en una palabra... Un anarquista te diría que eres un parásito de la sociedad. Yo no llego a tanto. Solo te digo que tu mal radica en que no tienes obligaciones... Que has caído en el aburrimiento... Y eso, amigo mío, es una solemne majadería.

—Ninguna de las causas que has mencionado motiva mi estado de ánimo, Michael. Es algo muy distinto...

Muy emocionado —porque cualquier recuerdo de mi difunta esposa despertaba en mí una tristeza sin límites—, le puse al corriente de la infinita nostalgia que me dominaba y el poco atractivo que la vida tenía para mí, al haber desaparecido ella de mi existencia.

Michael escuchó mi relato con acogedor silencio, como un médico a un paciente.

—Así que ya lo sabes —terminé—. Si tú me quitas el consuelo de pensar que alguna vez, en cualquier parte, ahora o dentro de mil años, volver a verla, ¿qué me queda?

—Ya sabes, querido Paul, que yo no tengo fe en ninguna de esas cosas. Desearía tenerla; pero la razón y la ciencia me han enseñado que carecen de fundamento. Sí, puede ser muy consolador pensar que existe otra vida y todo eso... Pero yo, no lo creo. No puedo creerlo. Por consiguiente, pienso que las cosas hay que tomarlas como son, gozar de lo bueno y aguantar lo malo. Tú, por lo que me dices, has sido muy feliz y ahora te sientes desdichado. Mira, eres lo suficientemente joven para que vuelvas a tener buenos tiempos. Te aburre tu ociosidad y te torturas tú mismo con los recuerdos. Lo que tienes que hacer es dedicarte a algo, lo que sea, echarte encima una obligación y ya verás cómo la vida no te resulta tan insoportable.

Habló con mucho juicio e, interiormente, tuve que convenir que su diagnóstico podía ser muy certero.

—Hagas lo que hagas —terminó después de tomar otro sorbo de licor

—. Tú no puedes impedir que llegue el atardecer de tus días, y después venga el crepúsculo y la oscuridad. A eso, estamos condenados todos de no ser que seas lo suficientemente loco como para llevar a la práctica aquello que, según me dijiste, estabas tentado de hacer.

—Michael... Lo que me atormenta es pensar que cuando llegue esa oscuridad, no encontraré nada...

—Nada en absoluto —dictaminó con firmeza mi amigo—. Siento decírtelo, pero es la verdad. Un cuerpo al que entierran, los gusanos que comienzan su obra, huesos mondos y lirondos y «¡c'est fini!» En ese final da lo mismo que uno haya sido guapo o feo, necio o inteligente, honrado o ladrón... Santos o pecadores, ¡qué más da!

Después de aquello, permanecemos un buen rato sin despegar los labios, sumidos en nuestros propios pensamientos. Al fin, fue él quien rompió el silencio.

—Bueno, Paul, ¿no sientes curiosidad en saber el objeto de mi visita?

—Claro —asentí—. Claro que la siento. Aparte de haber deseado ver a un viejo amigo, ¿existe otra causa que te haya empujado hasta mi casa?

—Existe, desde luego. Veamos... ¿Recuerdas a mi hermano Pierre? No tuviste mucho trato con él, pero algunas veces sí que le viste...

Tenía una vaga idea de quién me hablaba. No muy bien, pero recordaba a un individuo de carácter huraño, siempre rodeado por un aire de misterio y con el que apenas si llegué a cambiar unas cuantas palabras.

—Hace años abandonó el país para emprender un viaje del que me explicó muy poco. Mi hermano siempre fue un tanto extraño, ¿sabes? Total, que antes de marcharse me entregó una carta lacrada, diciéndome que solo debería abrirla cuando pasaran ocho años sin que tuviera noticias tuyas. Todo muy misterioso, de acuerdo, pero Pierre siempre fue así... Para no cansarte, hace unos días se cumplió el plazo, abrí el sobre y esto es lo que encontré dentro...

Sacó de sus bolsillos unos cuantos papeles —bastante arrugados por cierto—, y me dirigió una mirada, como solicitando mi permiso para leerlos.

—Adelante —me limité a decir.

Antes de comenzar la lectura, carraspeó, como si quisiera aclararse la garganta. Después, tomó el vaso y apuró el *whisky* que quedaba en él.

—Bien, aquí tengo una carta de mi hermano. No te asombres de lo que oigas porque cuando la terminé, yo también estaba maravillado. Juzga por ti mismo: se trata de una larga misiva en la que comienza por explicarme que por causas que no hacen al caso, tuvo la suerte de entrar en posesión de un secreto de valor incalculable. Me dice que desde muy joven se dedicó al estudio de ciertas materias, siempre con la vista fija en una meta que, para su desdicha, todavía no pudo alcanzar... En fin, no sé qué metas serían

estas... Pero lo más interesante se encuentra al final de la carta; oye con atención, Paul...

«... y te digo, hermano, que ahora sé que no estaba equivocado. Ya tengo la seguridad de que se puede burlar a la muerte y eso, que puede que te parezca un disparate, es una verdad absoluta. Para completar mis estudios y alcanzar el éxito, debo emprender un largo viaje, porque lo que busco se encuentra en un punto muy alejado de nuestro país. Si pasan ocho años sin que recibas noticias mías y quieres participar en el descubrimiento más grande de la historia de la Humanidad, búscame en el lugar que te indico en el mapa adjunto. Sí, por el contrario, quieres continuar tu vida de pobre hombre sin ambiciones, quédate dónde estás y olvídate de mi existencia...».

—¿Qué te parece? —me interpeló mi amigo, desviando la vista de la lectura.

—¿Qué me parece? Que tu hermano andaba mal de la cabeza. Esa carta parece escrita por un demente.

—Es posible, pero me parece que no has reparado en cierto pasaje de la misma —me contestó mirándome fijamente a los ojos—. Dice que ya sabe que se puede burlar a la muerte... Y, lo que son las cosas, partiendo de supuestos absolutamente distintos, no hace ni cinco minutos que tú te obstinabas en mantener la misma ilusión...

—Cierto —balbuceé, arrugando el ceño—. Certo... Pero yo me refería a cierto tipo de fenómenos... de milagros...

—Que no existen —rechazó con firmeza.

—Entonces —me irrité—, ¿cómo quieres que tome lo que ha escrito tu hermano? Si niegas que haya otra vida ajena a esta, ¿qué puedo pensar de la afirmación de que se puede burlar a la muerte?

—¡Olvídate de los milagros, hombre! Eso son ganas de perder el tiempo. Lo que yo sé es que en la Naturaleza existen extraños sucesos y poderes con los que raramente nos encontramos, y cuando esto ocurre, no los entendemos. Como hombre de ciencia, sé que no se puede evitar la muerte, pero acaso sí que sea posible aplazarla por algún tiempo, en una palabra, alargar la vida. En esto nada tienen que ver los milagros.

—Bueno. Y ese otro papel que tienes en la mano, ¿qué es?

—Se trata de un mapa, donde se ha marcado un punto determinado del océano Pacífico... Una isla que, por más que he buscado, no existe en ningún Atlas, por la zona de Tahití... Si hacemos caso a lo escrito en la carta, es allí precisamente donde se encuentra mi hermano.

—Seguramente muy distraído bailando el «hula» con las nativas —comenté con mal humor porque aquella historia, no sé por qué, había despertado mi irritación—. Todo eso es un puro disparate, querido Michael. Bueno —recordé algo—. ¿Y toda esa narración, tiene algo que ver con tu

visita? Lo digo porque no encuentro relación...

—Claro que tiene que ver. Para empezar, te diré que estoy decidido a emprender la búsqueda de mi hermano. Ocurre que en los últimos tiempos he trabajado demasiado, me encuentro muy cansado y aunque no sea nada más que como sosiego, pienso que no me vendrán mal unas vacaciones. Y, como me da igual un sitio que otro, iré en busca de la misteriosa isla.

—Correcto. Cada uno es libre de cometer las locuras que le parezcan. ¿Dónde entro yo en todo esto?

Se puso en pie y durante unos minutos no contestó, limitándose a dar cortos paseos por la estancia. Luego, en un momento dado, se detuvo para encararse conmigo.

—Paul, tú eres el único amigo que conservo desde los días de nuestra juventud. Por eso te elegí para hacerte esta confidencia. He sacado copias de la carta y el mapa y quiero que tú conserves ambos papeles... Sea lo que sea aquello que descubra, si es que descubro algo, te escribiré para comunicártelo. En una palabra, tú serás la única persona en Francia que conocerás mi destino y propósitos. Si pasa el tiempo y no recibes noticias mías, puedes hacer lo que te parezca con estos dos documentos. Romperlos o quemarlos, lo dejo a tu elección. De todas formas, si mi viaje no sirve para dar con mi hermano, al menos, y en eso estarás conforme, visitaré unos lugares maravillosos y me será dado disfrutar de un bien merecido reposo, amigo mío.

Tomé los papeles que me ofrecía y me quedé con ellos en la mano, sin saber qué hacer. De pronto, una idea asaltó mi cerebro. Todo lo que había ocurrido no dejaba de ser extraño. Cuando yo, en mi abatimiento y desesperación por la pérdida de mi esposa, estaba a punto de cometer un disparate —ahora lo reconocía—, llegaba el mejor amigo que tuve en mis años juveniles, evitando con su inesperada presencia la locura que proyectaba. Después, salía a relucir una historia un tanto rara, pero cuyo fondo no era otro que el muy sugestivo de evitar la muerte. Un absurdo, claro, pero muy subyugante...

Pensativo, reflexioné en el hecho de que aquellas islas del sur serían un lugar encantador, una tierra donde siempre era mediodía, un sitio en el que quizá las estrellas del trópico y el perfume de las flores permitirían a uno olvidar un poco, o al menos, dejar de lado el recuerdo torturador de la pérdida sufrida. ¿Por qué no podía ir allí y escapar de una soledad que amenazaba con hacerme perder la razón?

Llegué a convencerme de que había sido la Providencia quien empujó los pasos de Michael hacia mi casa.

La idea que tuvo su origen en la absurda carta del hermano de mi amigo, tomó considerable fuerza en mí. Nada me impedía hacerlo. Mi fortuna era tan grande que ni yo mismo tenía un exacto conocimiento a

cuánto ascendía. Por tanto, estaba en condiciones de comprar, o alquilar un barco, y emprender un viaje que comenzaba a convertirse en una obsesión para mí.

—Bien, Michael, supongo que esta noche cenarás conmigo y que te alojarás aquí hasta cuando juzgues oportuno marcharte —dije, sin revelarle los pensamientos que bullían en mi mente.

—Lo haré con mucho gusto —aceptó.

Después de aquello, ambos nos olvidamos —o lo fingimos—, de la carta y el mapa, para iniciar una conversación sobre los días en los que estudiábamos juntos.

* * *

Aquella noche tuve un sueño muy raro.

Soné que mi difunta esposa se aparecía y, sonriendo, me señalaba una playa en la que crecían altas palmeras y donde grandes olas rompían sobre la arena fulgurante.

A la mañana siguiente, me levanté decidido a ir a las Islas de los mares del Sur. Al reunirme con Michael, le comuniqué mi decisión y, ante mi sorpresa, no pareció sorprenderse mucho. Al contrario, tuvo la sinceridad de decirme que, cuando llamó a la puerta de mi casa, lo hizo con la esperanza de que yo tomase la decisión que ahora le comunicaba.

Debo decir que cuando informé a Jean de mis intenciones, mi viejo servidor me anunció inmediatamente su firme propósito de acompañarme. «Jamás me he separado de usted, señor, y no voy a hacerlo ahora».

—Ya que todo está decidido, Jean, llénanos las copas y brindemos.

Bebimos por el éxito de nuestro viaje.

Por primera vez en muchos meses, me sentía feliz.

¡Oh, si hubiera podido adivinar lo que nos tenía reservado el Destino, es posible que en aquel momento, horrorizado, hubiera desistido de aquel viaje!

Capítulo 2

A

El día siguiente, nos trasladamos a París donde, después de visitar varias compañías navieras, terminé por alquilar un yate magnífico, capaz de navegar por todos los mares del mundo. Contaba con una tripulación de catorce hombres y yo no tuve que preocuparme de nada, porque la propia agencia se encargó de contratarlos.

Cuando el capitán, un inglés flemático y seco como un palo, nos preguntó qué rumbo deseábamos que siguiese, le informamos que debía hacerlo hacia los mares del Sur, y que en las proximidades de Tahití, ya le completaríamos los datos. Si interiormente se extrañó de nuestra reserva al respecto, prefirió no evidenciarlo y, con un encogimiento de hombros, masculló que el asunto era cosa nuestra y que él se limitaría a preocuparse de que disfrutásemos de una buena navegación.

Partimos del puerto de Marsella en dirección a Egipto, para siguiendo el mar Rojo, salir al océano Índico. De allí continuamos rumbo a Australia.

Tengo que decir que aquel tiempo lo empleamos Michael y yo en estudiar los distintos dialectos imperantes en la zona a la que nos encaminábamos. Respecto a Jean, este punto le traía sin cuidado ya que era de aquellos que están plenamente convencidos de que conociendo el idioma francés, ya se está en condiciones de recorrer el mundo.

De vez en cuando, Michael y yo, volvíamos a hablar sobre la carta de su hermano Pierre, examinando cuidadosamente el mapa, hasta tal punto en que llegó un momento en el que, sin necesidad de consultarlo, sabíamos de memoria el sitio exacto donde se encontraba la misteriosa isla.

A partir del puerto australiano de Sydney, puede decirse que dio comienzo nuestro verdadero viaje. Pasamos por Samoa y fue a unas doscientas millas de estas islas, cuando nos alcanzó una tormenta, al anochecer. Por la noche, ya no pudimos salir a cubierta, porque las olas la barrían furiosamente de un extremo a otro. Y cuando llegó el día, el viento soplaba muy fuerte y el cielo estaba cubierto, de forma que no se veía el sol.

Pude darme cuenta de que el capitán se hallaba inquieto y cuando le dije que el barco se estaba portando muy bien, me miró de una forma muy rara y masculló que a él no le preocupaba el barco, de cuya fortaleza estaba seguro, sino la tormenta que podía llegar a ser tan mala que si no andaba listo, acaso nos originara una sorpresa muy desagradable. Y dicho esto, se

alejó hacia su camarote donde, yo no lo dudaba, se sirvió una buena ración de licor.

Unas horas más tarde, el mar se encontraba todavía más alborotado. El capitán me dijo que la cosa se estaba poniendo fea, pero que muy fea, porque los instrumentos de a bordo no funcionaban y no tenía ni la menor idea de dónde estábamos y que navegar en aquellas condiciones, era tanto como hacerlo por un lugar desconocido del que no sabía ni una sola palabra. Le pregunté si podíamos retroceder hasta nuestra ruta anterior y me contestó que para eso era preciso saber cuál había sido dicha ruta porque él, en las actuales circunstancias, se confesaba incapaz de encontrarla.

Aquella noche, durante la cena que se compuso de conservas, porque el mar había apagado el fuego de la cocina, Michael y yo cambiamos impresiones sobre la situación. Me dijo que, según sus cálculos, habíamos ido a dar precisamente en la zona donde se encontraba la isla que buscábamos.

En un momento dado, el capitán entró en la cámara, pálido y agitado. Sin pedir permiso, tomó la botella de *whisky* y aplicándosela en los labios, ingirió una gran cantidad de licor.

—Viene un ciclón del sur y de la peor especie —dijo después de haberse secado los labios con el dorso de la mano—. Si saben rezar, ya pueden ir haciéndolo.

Se fue después de hacernos tan piadosa recomendación.

Jean, que estaba medio mareado, masculló entre dientes que todo aquello nos estaba bien empleado por haber abandonado nuestro tranquilo refugio en Francia.

—Según el capitán, parece que estamos en peligro —observó tranquilamente Michael—. ¿Qué te parece si vamos a cubierta a echar un vistazo?

Fuimos. No se movía un solo soplo de viento y el mar aparecía sosegado. Pero, a lo lejos, podía divisarse algo semejante a una línea blanca que avanzaba a través de las tinieblas.

Uno de los marineros que se percató de nuestra presencia, nos gritó que regresáramos al camarote, si no queríamos ir a parar al agua.

—¿Por qué? —objetó Michael.

—¿Por qué? Porque el huracán viene, por eso. Viene como si el demonio lo hubiera arrojado a patadas del infierno.

Juzgamos prudente hacer lo que decía y regresamos al camarote. Lo hicimos muy a tiempo porque el ciclón no tardó mucho en chocar contra el buque. A partir de aquel momento solo se oyó el impresionante rugido de la tormenta y un interminable crujir de maderas. La instalación eléctrica se apagó y tuvimos que recurrir a las linternas para poder vernos unos a otros.

El buque comenzó a moverse de tal forma que nos resultaba imposible mantenernos en pie si no era agarrándonos a un asidero firme. Las máquinas habían dejado de funcionar; supongo que se romperían y me pareció que virábamos y que el navío corría ante el huracán a una velocidad terrible.

—¿Imaginas a dónde vamos a ir a parar, Michael? —le dije, sinceramente asustado.

—Claro... Vamos derechos hacia la oscuridad de que te hablé, amigo mío. Siento que nos quedemos con las ganas de comprobar qué es lo que está haciendo ese loco hermano mío... Adiós, Paul, vamos a entrar en el Valle de las Sombras... ¡Buenas noches y «fini»!

* * *

Yo no estaba dispuesto a terminar mis días encerrado en el camarote. En cubierta tenía que haber botes de salvamento y si el barco se hundía, acaso valiera la pena tratar de abandonarlo antes de que el remolino producido por su inmersión, hundiera asimismo a las barcas que pudieran encontrársele próximas. Comuniqué mis intenciones a Michael y aunque meneó la cabeza como dándome a entender que aquello no iba a solucionar nada, optó por acompañarme. Entre los dos arrastramos a mi pobre criado; Jean estaba medio muerto de miedo y de no ser por nuestra ayuda no habría podido dar ni un solo paso. Una vez que le miré al rostro, sorprendí su color terroso y la desesperada expresión de sus pupilas. No dijo nada, pero ante su lastimoso aspecto sentí una punzada de remordimiento porque, en resumidas cuentas, había sido yo el responsable de haberle arrastrado conmigo en aquel disparatado viaje.

Llegamos a cubierta y todavía no sé cómo lo conseguimos. A partir de aquel momento, mis recuerdos se tornan confusos. Oí el sordo bramido del viento, gritos de terror, y sentí el agua que me azotaba el rostro como un látigo. Detrás del barco, el cielo estaba tan negro como el alquitrán, pero la luna brillaba todavía por delante nuestro y aclaraba un tanto la oscuridad. Bajo su luz vimos que una ola enorme, con su blanca cresta y de unos doce metros de altura, venía hacia nosotros. Se acercaba corriendo, empujada por la espantosa borrasca, bajo aquel cielo negro como el carbón...

De repente, el barco pareció volar, elevándose sobre la superficie por encima de la cresta de la ola gigantesca. Luego vino el choque del agua, el asalto brutal de espuma; creí que había estado debajo del agua minutos enteros cuando tan solo fueron segundos.

En medio de la confusión oí el grito de Michael.

—¡Aquí, Paul! ¡Aquí...! ¡Al bote!

Me caí, o alguien me propinó un fuerte empujón, arrojándome al agua.

A pesar de estar medio ahogado, tuve la suficiente presencia de ánimo

para nadar hasta el bote. Una mano me agarró por los cabellos y tiró de mí, ayudándome a trepar hasta la pequeña embarcación.

Confusamente pude ver a Michael y un marinero del que solo sabía que se llamaba Roger y era irlandés. Pero, ante mi desesperación, no localicé a mi buen Jean.

—¡Jean! —grité—. ¿Dónde está Jean?

—¡No lo sé! —me contestó Michael también a gritos—. ¡Lo perdí cuando llegó esa ola maldita que el infierno confunda!

Me retorcí las manos con angustia. Si el pobre Joan había perecido, nadie me iba a quitar de la cabeza que yo era el responsable de su muerte.

—¡Aquí llega otra! —gritó el irlandés.

Una segunda ola llegaba, con la amenaza de hundirnos. Me invadió una extraña paralización y me quedé contemplando cómo se nos echaba encima. La luna, medio oculta por los nubarrones, conservaba todavía la suficiente luminosidad para que pudiera contemplar la montaña líquida que iba a caer sobre nosotros de un momento a otro. Me invadió el terror. Que el lector se imagine, si puede, un bote sacudido de un lado a otro, un cielo que, a excepción de los contados momentos que permitía aparecer a la luna, se mostraba tan negro como el carbón, un bramido prolongado que helaba la sangre en las venas, y por si fuera poco, a una ola gigantesca que llegaba impetuosa e imparable... Y después de imaginar todo lo anterior, que se meta en el bote a esperar los acontecimientos...

El miedo os poco.

Se trata de algo más hondo: Terror.

—¡Dios nos valga! —oí el grito desesperado del marinero irlandés—. ¡Vamos a morir!

Miedo. Espanto. Una angustia sin límites que paraliza los movimientos, que eriza los cabellos...

No se trata del recelo hacia la muerte, porque hay muchas formas de morir.

Es precisamente esto: Cómo se muere.

La montaña líquida cayó sobre nosotros y el bote casi se llenó de agua. Afortunadamente había sido construido con compartimientos a prueba de agua y se mantuvo a flote. Entre la espuma vi algo negro que pasaba rozando a la embarcación e instantáneamente comprendí de qué se trataba. Saqué mi brazo derecho y mi mano agarró otro brazo, cuya muñeca apretaron mis dedos como si fueran tenazas. No fue fácil hacerlo subir hasta el bote, pero lo conseguí. Era Jean, medio ahogado, pero vivo. Un débil rayo de luz iluminaba su pobre rostro, más blanco que la cera.

A todo esto, la catástrofe en el barco, ya había ocurrido. Cuando miré hacia el sitio donde le había visto la última vez, no divisé ni la menor huella de él. Se había hundido con toda la tripulación y los únicos

supervivientes éramos los cuatro hombres que compartíamos aquel bote.

—¡Que el Cielo se haya apiadado de sus almas! —oí murmurar al irlandés.

Los demás no teníamos tiempo para elevar nuestras preces por las almas de los marineros muertos. El peligro seguía acechándonos y todo parecía indicar que no iba a resultar nada fácil salir con vida del pavoroso trance por el que atravesábamos.

El bote enfiló directamente a una ola coronada de espuma blanca, en la que se hundió, precipitándose con la velocidad de un potro desbocado. Estábamos en el centro de un gran campo de olas retorcidas y desenfrenadas. Siguieron unos minutos de excitación, un estado tal, que paralizaba el corazón y que resulta imposible describir. Baste decir que estábamos en medio de un mar furioso, que escupía espuma por todas partes y de cuyo seno brotaban olas empeñadas en sepultarnos en las profundidades marinas.

Fue una noche atroz. Al amanecer, la furia del mar fue cediendo hasta que la tempestad pasó por completo, dejando tras de sí un cielo raso y limpio. La luna fue desapareciendo con lentitud. Aparecieron los primeros pasos del alba y las angustias pasadas fueron convirtiéndose en recuerdo.

El viaje lo iniciamos diecisiete hombres. Tan solo un día antes, el sol había salido para todos. Ahora, sus primeras luminosidades tan solo acariciaban los semblantes de cuatro. Los otros trece, yacían en la profundidad marina.

—Después de todo, hemos tenido suerte —opinó Michael.

—Sí, claro. Lo único que sucede es que en el bote no hay alimentos ni agua... Te lo digo, por si no lo sabías.

Me miró muy alarmado.

—¡Diablos, esa es una mala noticia! Confío en que encontremos tierra pronto.

Se inclinó sobre mí para susurrarme al oído, deseoso quizá de que sus palabras no fueran escuchadas por Jean ni por el marinero.

—Tengo la seguridad de que no estamos muy lejos de la isla, Paul. Cuando nos sorprendió la tormenta, ya debíamos encontrarnos muy cerca.

—¡La isla! ¡La isla! —gruñí irritado porque ahora que había pasado el peligro tenía tiempo para reflexionar sobre aquello que podía ser nuestro futuro y no me agradaba lo más mínimo las deducciones que iba obteniendo—. ¿Y qué? Sospecho que, aunque demos con ella, se trata de un lugar donde no pasa ningún barco. ¿Has pensado lo que puede ocurrirnos?

—Lo único que pienso es que estamos vivos y eso es más, mucho más, de lo que hubiera podido esperarse, tal y como se presentaron las cosas la noche anterior.

A todo esto, el sol comenzaba a hacerse más fuerte, calentando nuestros calados huesos después de una mojadura de más de nueve horas. De todos modos, lo importante para nosotros era que el infernal huracán había cesado por completo.

—Hemos tenido suerte —repitió Michael, hablando consigo mismo—. Mucha suerte.

—Señor, yo creo que obraríamos bien dando gracias a la Divina Providencia —dijo con voz débil Jean que permanecía tumbado en el fondo del bote, bastante quebrantado porque ya no era un hombre joven y, además, nunca fue muy fuerte.

Por toda contestación, Michael dejó escapar un gruñido. Pero no efectuó ninguno de sus cáusticos comentarios sobre la materia.

Por mi parte, solo puedo decir que en las angustiosas horas pasadas, tuve miedo. Hubo momentos en los que llegué a creer en nuestro inevitable fin y como no participaba de las ideas del médico, casi llegué a desearlo. Seguía creyendo que la individualidad del ser humano no muere cuando la vida deja su cuerpo y esta fe no me había abandonado. De forma que continuaba manteniendo la esperanza de que al otro lado del muro me fuera dado encontrar —y reunirme—, con aquella que tanto amé.

—Sí, debemos dar gracias a la Providencia —hizo eco el irlandés Roger, tras escuchar las piadosas palabras de Jean.

—Quisiera saber lo que piensan, o mejor dicho, pensarían, el capitán y la tripulación sobre este asunto —moduló Michael—. Aunque puestos a buscarle tres pies al gato, acaso se podría decir que han encontrado su miserable fin porque su utilidad en este mundo pecador, ya había terminado.

—Ellos ya no tienen por qué preocuparse —intervine—. Eso queda para nosotros porque, aunque hayamos conseguido escapar de la tormenta, nuestra situación sigue siendo crítica.

—Señor, no desconfíe de la Providencia —insistió el buen Jean que siempre fue hombre muy piadoso—. Ya verá cómo no nos falta su ayuda.

—Su ayuda podría empezar por enviarnos unas cuantas cestas con alimentos y agua para beber —terció Michael—. De lo contrario, ya veremos qué ocurre.

Las horas fueron pasando y el tormento de la sed comenzó a hacerse insufrible. Nuestra tortura aumentó hasta tal punto que llegué a pensar si no hubiera sido preferible perecer en el naufragio...

Capítulo 3

T

RANSCURRIÓ el día, todo un largo día, sin que la situación variara lo más mínimo. El océano se ofrecía brillantemente azul, pero sin revelarnos la presencia de tierra.

Al atardecer, el sol comenzó a ocultarse.

Hacia el sur, había surgido una barrera baja de bruma que se acercaba perceptiblemente al bote. Y en el transcurso de la noche, aquella bruma fue espesándose, convirtiéndose en niebla, de forma que en las primeras horas del alba estábamos inmersos en un manto amarillo que apenas si nos dejaba ver.

La humedad nos calaba los huesos. Las ropas formaban pliegues irregulares y empapados. Todo chorreaba agua. No obstante, no se trataba de un líquido procedente de lluvia —esto nos hubiera permitido beber apagando la sed que nos torturaba—, sino el producto de una evaporación marina.

Llegó un instante en que los cuatro hombres que íbamos en el bote apenas si podíamos distinguarnos unos a otros, ya que la espesa niebla nos convertía poco menos que en fantasmas vagamente vacilantes.

—¡Esta niebla maldita! ¿Es que no vamos a librarnos nunca de ella? —oí maldecir a Michael.

—¿Y qué importa que exista o no? —comenté—. De todas formas, no íbamos a saber dónde estábamos.

—¡Escuchen! —gritó de pronto el irlandés—. ¿No oyen?

Hasta nosotros llegó el rumor de un rugido hondo y sombrío.

—¡Rompientes!

La bruma, que se había reducido casi imperceptiblemente, nos reveló las barreras de rompientes. Lo peor de todo y que nubló nuestra alegría porque aquella circunstancia revelaba que estábamos ante tierra, fue que el mar se embraveció hasta tal punto que nuestro bote comenzó a oscilar peligrosamente al enfilarse como una flecha aquella zona peligrosa.

La corriente empujaba el bote a estribor. Al carecer de remos ni timón, nada podíamos hacer para intentar controlar la dirección de la embarcación. Es decir, que corríamos el terrible peligro de que el feroz empuje de las aguas la estrellase contra los rompientes sin que pudiéramos hacer absolutamente nada para evitar la catástrofe.

¡Cielos!

¡Estábamos en medio de las rompientes!

Confusamente, la niebla aunque atenuada seguía existiendo, vi cómo lo que me pareció una roca monstruosa, se nos echaba encima. Cerré los ojos esperando el inevitable choque en tanto murmuraba una oración. Cuando los abrí, el bote había pasado rozando el temible obstáculo y navegaba ya por aguas más tranquilas.

La bruma fue desapareciendo hasta que la inmensidad del mar azul quedó totalmente a la vista, bajo un cielo ligeramente velado.

A poca distancia, menos de quinientos metros, se alzaba una isla boscosa, bastante extensa por lo que se podía ver.

Ante mi vista se extendía una enorme playa, bordeada de palmeras. Había también otra cosa que llamó de inmediato mi atención. Un promontorio muy grande, una roca gigantesca que cerraba la playa por uno de sus extremos. Y aquí viene lo curioso: aquella roca tenía la forma exacta de una cabeza humana. No cabía duda; se veían los labios, los carrillos y la nariz, todo destacaba perfectamente sobre el azul del cielo. Para que el parecido fuera totalmente exacto, sobre el cráneo crecía una espesa mata de hierbas, o liquen, de forma que semejaba el pelo de aquella colosal cabeza.

Que aquello era obra de la naturaleza, no me cabía la menor duda. Pero el capricho de esta no se detuvo al modelar la gigantesca testa. Por un extraño capricho, dotó a aquella pétreo cara de una expresión tal de malignidad que uno llegaba a pensar que se hallaba ante el semblante del mismísimo demonio, tal era la diabólica característica de aquellos rasgos.

—¡Dios mío! —oí exclamar a Jean—. Creo que hemos venido a dar al infierno y allí está Satanás en persona esperándonos.

El irlandés debía de ser de su misma opinión porque se puso a rezar entre dientes al tiempo que miraba como fascinado la espantosa cabeza.

—¡Tonterías! —dijo Michael malhumorado—. ¡Es una roca y nada más! Si la naturaleza ha querido hacerla parecida a una cabeza humana, nada tiene de particular.

—Así debe de ser —dije—. Pero ¿te has fijado en la expresión que tiene? Hiela la sangre en las venas... Sabes que no soy hombre fácilmente impresionable y te digo que me da miedo mirarla.

—Pues no la mires —gruñó—. Lo importante para nosotros es que hemos encontrado tierra —bajó la voz y añadió en voz baja, mirándose significativamente—. Una isla, Paul. Nuestra isla.

No sé por qué, en aquel instante deseé encontrarme a mil millas de aquel lugar.

El sol barrió completamente la neblina y sus rayos comenzaron a quemar más de la cuenta, cuando el bote llegó a la playa, embarrancando en la arena. Por lo que pudiera suceder, aconsejé a mis compañeros que adentrásemos el bote lo suficiente para que las mareas no se lo llevaran. Y

si hice esto fue porque aquella embarcación iba a ser nuestro único medio para abandonar la isla, en el caso de —y tenía un vago presentimiento— que nuestra estancia en ella no resultara todo lo agradable que fuera de desear.

—Bueno, vamos a ver qué encontramos —determinó Michael—. Por aquí tiene que haber algo comestible y agua. ¿Qué te parece la isla, Paul? Es hermosísima.

—Ya te diré mi opinión algo más tarde —repliqué prudentemente porque la experiencia me ha enseñado que no todo aquello que a primera vista nos parece hermoso encierra belleza. Y que, a veces, esta suele ser la máscara engañosa que oculta otras cosas que más vale no conocer.

Nos vimos forzados a llevar casi a rastras al pobre Jean que estaba hecho unos zorros, tal era su agotamiento. Gracias al marinero irlandés que resultó ser un tipo muy duro, el asunto no presentó demasiadas dificultades. De habernos encontrados solos Michael y yo, no sé qué hubiera ocurrido porque ambos estábamos bastante quebrantados en nuestras energías físicas.

Tuvimos la suerte de encontrar un manantial de agua fresca y purísima. Era lo que más estábamos necesitando porque en lo que a mí respecta —y supongo que a los demás les ocurría lo mismo—, tenía la garganta reseca y la lengua hinchada ligeramente, tal era su sequedad. El hambre la saciamos mediante unos frutos muy jugosos que resultaron tener un excelente sabor.

—Como ves, querido Paul —dijo Michael que, con las fuerzas había recobrado su acostumbrado optimismo—. Todo sale a las mil maravillas. Aquí hay lo suficiente para que no perezcamos de hambre ni de sed.

No contesté porque estaba pensando en la enorme insensatez que había cometido al ilusionarme en un viaje semejante. La historia del hermano desaparecido de mi amigo, fue —desde el comienzo— un solemne disparate. ¿Qué demonios podía haber ido a buscar en una isla desierta? Digo esto porque comenzaba a tener la seguridad de que allí los únicos seres humanos, éramos nosotros. La idea de vernos convertidos en forzosos Robinsones no acababa de hacerme mucha gracia.

Durante el día, el sol calentó de firme, ante lo cual decidimos permanecer bajo los árboles, disfrutando de su sombra y descansar —que buena falta nos hacía—, dejando para el crepúsculo la exploración de la isla en la que habíamos ido a dar.

Jean y el irlandés acabaron por dormirse. Por mi parte no tenía sueño, de modo que me recosté contra el grueso tronco de un árbol, teniendo a mi lado al médico.

—Bien, ya estamos en tu maldita isla —gruñí—. Si es que se trata de la que tanto te interesaba. Y ahora, ¿qué? Cómo puedes ver, esto parece deshabitado. ¿Sabes lo que te digo? Que tu hermano no estaba más loco

que nosotros al creer su necia historia.

—Yo no estaría muy seguro de eso —replicó Michael—. Total, ¿qué es lo que hemos visto hasta ahora? Nada. Esta isla es muy grande, Paul. ¡Vaya usted a saber las sorpresas que nos tiene reservadas!

—Amigo, eres muy testarudo. Te repito que todo esto es un enorme disparate, aunque reconozco que suerte no nos ha faltado porque la lógica empujaba a que hubiésemos dejado nuestra piel en el océano.

Al día siguiente, emprendimos la marcha, y efectivamente, «la bella isla», nos tenía preparadas algunas sorpresas. En primer lugar, no era tan bella, a juzgar por lo que fuimos encontrando. Que fue, ni más ni menos, que una serie interminable de pantanos, a cuál peor y de aguas hediondas. Para colmo nos sorprendió una tempestad que se convirtió en un verdadero diluvio, cuando atravesábamos una zona limpia de árboles y las consecuencias fueron que acabamos empapados.

Los pantanos parecía que no iban a acabar nunca. En toda la extensión que abarcaba la vista, no podía verse nada más que aguas y más aguas putrefactas y centenares, miles, millones de mosquitos martirizando cruelmente nuestra piel.

Con razón había desconfiado de aquella isla maldita. Toda su aparente belleza se resumía en las palmeras de la playa. El interior era un auténtico infierno, una tierra espantosa.

Al llegar la noche y caer extenuados, presas de la más honda fatiga, maldije amargamente mi locura que me había hecho embarcarme en una necia aventura cuyo final preveía no iba a ser otro que mi muerte en aquel odioso y pestilente lugar del mundo.

Tenía los ojos cerrados cuando, de pronto, un vago instinto de peligro, me hizo abrirlos para ver, inclinado sobre mí, una oscura silueta. Instantáneamente me incorporé, estremecido de terror, gritando, lo que hizo a los demás despertarse asimismo.

Estábamos rodeados por más de veinte hombres y, como aquella noche era de luna muy clara, pudimos observarlos fácilmente.

Lo primero que me extrañó de su aspecto era que no se parecían en nada a los nativos de las islas del sur que, por lo general, son hermosos representantes de la raza humana. Los que veíamos eran muy distintos. De corta estatura, pero muy nervudos. Casi todos lucían enormes pelambreras negras que les llegaban hasta los hombros y su vestimenta se reducía a una corta piel de algún animal desconocido, rodeando su cintura y cayendo a modo de faldellín.

Lo que más llamó mi atención fue que jamás en semblante humano alguno había visto una expresión tan maligna. Aquellas facciones llevaban impreso el sello de la ferocidad y no sé por qué, su aparición despertó mi terror. Algo que también debería estar sintiendo Jean porque fue a

colocarse a mi lado, temblando, para decirme en voz baja que sería muy conveniente mantener los ojos abiertos ya que pensaba que «nada bueno podía esperarse de aquellas gentes».

—Deben de ser los servidores del demonio que vimos en la playa —me susurró, recordándome la horrible cabeza de piedra que tanto temor me produjo. He de confesar que estuve tentado en darle la razón.

Michael que parecía ser el menos afectado por la aparición de aquellos hombres, se adelantó para preguntarles quiénes eran y explicarles que la razón de nuestra llegada a la isla no había sido otra que un naufragio. Utilizó el idioma de los islas del sur y grande fue nuestra sorpresa cuando uno de aquellos individuos, respondió en francés.

—Somos los servidores del Amo. Os llevaremos a presencia del Amo.

—¿Quién es el Amo?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora tenéis que venir con nosotros.

Ni se nos pasó por la mente negarnos. Entre otras cosas porque hubiera sido inútil. Algo nos avisaba que teníamos que acompañarlos por las buenas o las malas.

Y así, en plena noche, emprendimos una agotadora marcha a través de los pantanos. Durante la misma, traté de sonsacar al que parecía el cabecilla, pero mis esfuerzos se estrellaron ante su silencio. No había forma de sacarle otras palabras del cuerpo que las ya conocidas: «Tenemos que llevarlos a presencia del Amo».

—¡El Amo! ¡El Amo! —repetí con irritación—. ¿Y quién diablos es el Amo?

—Tengo una idea al respecto —me susurró Michael—. Ya te habrás dado cuenta de lo extraño que resulta que estos indígenas hablen en francés. Puedes apostar conmigo lo que quieras a que hemos dado con mi hermano.

Le miré de reojo.

—¿Qué dices? ¿Intentas insinuar que ese misterioso Amo es el loco que buscamos?

—Casi estaría por asegurarlo.

Empleamos todo el día en caminar, deteniéndonos lo imprescindible para tomar algunos alimentos. Los indígenas nos ofrecieron distintos frutos secos y cuando yo les pregunté si no disponían de otra comida un poco más consistente, por ejemplo, carne, el cabecilla me miró tan severamente que me heló la sangre en las venas.

—Prohibido comer carne —gruñó—. No comer carne. Prohibido comer carne. Morir quien coma carne.

—¡Vaya! —murmuré entre dientes—. Parece que hemos dado con una tribu de vegetarianos.

Jean y el marinero irlandés caminaban emparejados y una vez que volví

la cabeza para mirarlos pude darme cuenta que ambos estaban poseídos por un auténtico terror. La cara de mi sirviente ofrecía un color terroso y en cuanto al irlandés movía los labios sin cesar, lo que revelaba sus mudas oraciones.

Cuando iba muriendo el día, abandonamos por fin la horrible zona de los pantanos para ir a dar en otro paisaje no menos desagradable. Se trataba de un desfiladero rocoso, a no dudar de formación volcánica.

También aquello tuvo su término y ya era noche cerrada al descender por una ladera y hacer alto en una gran plataforma rocosa, ante la boca de lo que parecía ser una enorme cueva.

Los salvajes aquellos continuaron encerrados en su mutismo, pero era evidente que aquel iba a ser el sitio elegido para dedicarlo al descanso y dejar que pasara la noche. Por lo que a nosotros respecta, lo único que supimos hacer fue tumbarnos porque estábamos agotados. Hay que tener en cuenta que si ya el cansancio nos dominaba al empezar la caminata, en las actuales circunstancias nuestro estado era de extremada postración.

Cuando nos repusimos un tanto, aquellas gentes nos hicieron señas para que nos introdujésemos en la caverna. Como había supuesto, era enorme. Habían encendido un gran fuego sin duda para calentarnos, porque la noche se estaba presentando bastante fría.

—Como verás, esta es una isla muy hermosa —le dije mordazmente a Michael que extendía sus manos hacia las llamas para hacerlas entrar en calor—. Pantanos... rocas... ¡Muy hermosa!

—No me importa si es fea o bonita —replicó con acritud, evidentemente molesto ante mi sorna—. Lo que significará algo para mí es que mis sospechas sean ciertas. He intentado sonsacar a esos salvajes sobre el Amo, pero son callados como tumbas. No hay quien les saque una palabra del cuerpo...

A todo esto, los indígenas habían encendido más hogueras, y saliendo no sé de dónde, aparecieron más hasta que su número pasó de los cincuenta individuos. Allí estaban, formando grupos en torno al fuego manteniendo su gesto huraño y sin despegar los labios ni siquiera para hablar entre ellos.

En resumidas cuentas: la escena era más bien sombría: imagínense a cuatro hombres blancos, vestidos con ropas hechas harapos, cansados y llenos de malos presentimientos y más de cincuenta salvajes mostrando caras de pocos amigos y con un brillo siniestro en la mirada. Y todo esto iluminado por las llamas de las hogueras en el poco alegre escenario de una enorme caverna.

Fui a ver cómo seguía Jean, encontrando a mi buen sirviente en un estado de ánimo muy deprimido. Me dijo que todo aquello le producía escalofríos y que tenía la impresión de que ya estaba muerto y en compañía de una horda de diablos. «¡Ah, señor! —se quejó—, nunca creí que hubiera

sido un pecador tan grande en vida para que se me condenara al infierno». Le llamé viejo tonto, pero él meneó la canosa cabeza insistiendo en su idea de que lo peor que podía sucedernos era que estuviésemos vivos porque eso nos iba a enfrentar a un porvenir pavoroso a manos de aquellos salvajes. «¿No se da cuenta de cómo nos miran, señor? Es como si nos devoraran con la mirada. ¡Si hasta se relamen y todo!». Roger, el marinero irlandés, no se mostró más optimista. Al contrario, con voz temblorosa me dijo que estaba seguro de no salir vivo de aquella caverna. «Y no es eso lo que más me preocupa —terminó estremeciéndose—, sino la forma en que esos demonios me van a hacer morir. Tengo el presentimiento de que están maquinando algo terrible, señor».

En un momento dado, sus ojos adquirieron una vaga y aterrada expresión, como si estuviera tratando de comprender algo horrible que hubiera entrevisto.

Levantó una mano, señalando a la oscuridad del fondo de la cueva. Miré y no pude ver nada; pero él sí que vio, o creyó entrever algo que evidentemente afectó sus nervios porque, sin decir una palabra, cayó desmayado sobre mí. Al instante acudió Michael, preguntándome qué había pasado a lo que, naturalmente, no pude contestarle porque nada sabía. Y a todo esto, los corros de indígenas que se sentaban en torno a las hogueras, ni se movieron, como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

La verdad es que comencé a sentir un temor supersticioso; la escena era muy impresionante.

Cuando el irlandés recobró el sentido, comenzó a balbucear palabras incoherentes, sin sentido alguno. Tan pronto hablaba de su niñez, como del barco o de cierta novia que dejó en Dublín.

—Hay que dejarlo tranquilo —recomendó Michael—. Todo lo que hagamos para hacerle volver a la realidad, será contraproducente. Él mismo irá serenándose poco a poco.

Pero lo ocurrido al marinero era más que suficiente para que el pavor que sentía Jean se convirtiera en auténtico terror. Vi cómo le castañeteaban los dientes y su cuerpo se estremecía con fuertes convulsiones.

—Michael —dije con voz ronca, tratando de dominar el miedo que también se iba apoderando de mí—. Esto no me gusta nada.

—¿Y qué quieres que hagamos? Estamos en poder de esta gente. No tenemos armas para defendernos si se les ocurre atacarnos... Pero creo que nada de eso sucederá. Ya los oíste... Dijeron que tenían que llevarnos ante la presencia del Amo.

Capítulo 4

S

IEMPRE me he considerado un hombre de bien templados nervios. Pero aquella caverna, los silenciosos indígenas, la cara lívida de Jean, las incoherencias del irlandés, todo, en suma, empezó a obrar en sentido contrario y tengo que reconocer que me costaba un enorme esfuerzo dominar el pavor que se iba apoderando de mí. No le temía a la muerte. Lo que alteraba mi habitual serenidad era el recuerdo de las palabras del marinero: «El miedo que siento es ante la forma de morir...».

Cuando menos lo esperábamos, el cabecilla de aquella gente, vino hacia nosotros para invitarnos a instalarnos en torno a la hoguera central, para que nos sentásemos entre el grupo de salvajes. Alegué que nos encontrábamos muy bien dónde estábamos, pero él insistió y lo hizo mirándome de tal forma que comprendí que una negativa nos hubiera acarreado quién sabe qué consecuencias. De modo que los cuatro, Michael y yo dominando el miedo, y los dos desdichados, Jean y el irlandés temblando de terror, fuimos a tomar asiento entre aquella turba inquietante.

—¿Qué pasará ahora, señor? —tembló la voz de Jean—. Algo traman estos granujas...

Dominado por algún presentimiento horrible, comenzó a rogarme que si yo salía con vida de aquella repugnante cueva, le dedicara de vez en cuando algunas oraciones, ya que estaba totalmente seguro de perecer allí y no tardando mucho.

—¡Por amor de Dios, cállate! —le grité porque yo también tenía los nervios a flor de piel.

Uno de aquellos individuos comenzó a pasar por el corro una vasija de barro cocido de cuyo contenido todos iban bebiendo. Cuando me llegó el turno —la colocación hizo que yo fuera el primero de mis compañeros—, pude comprobar que aquel líquido tenía el color de la sangre, asaltándome la sospecha de que posiblemente se tratara de tal. Iba a negarme, pero de nuevo la feroz mirada del cabecilla, me hizo cerrar los ojos y beber un corto trago. No debía de ser sangre porque —aunque nunca la he bebido—, dudo mucho que tenga el repugnante sabor que aquel brebaje poseía. Era algo capaz de revolver el estómago mejor templado. Michael bebió asimismo y por el gesto que hizo, comprendí que sentía la misma repugnancia que yo. El líquido le fue ofrecido también a Jean pero, ante mi extrañeza, pasaron por delante del irlandés sin invitarle a beber.

Fue pasando el tiempo sin que se produjera ningún acontecimiento que justificara los terrores de Jean. Pero aquello en lugar de tranquilizarnos, nos inquietó aún más. ¿Qué significaba aquel mutismo? Nadie despegaba los labios y las extrañas gentes con las que nos hallábamos lo único que hacían era, de vez en cuando, añadir más leña a la hoguera para alimentar las llamas.

Sin saber por qué, me daba muy mala espina aquel mutismo. Al pasear mi mirada por el corro de semblantes indígenas no pudo por menos de estremecerme al sorprender su expresión feroz y siniestra que ofrecía un espectáculo de lo más aterrador.

De pronto, el cabecilla se puso en pie y con voz monótona comenzó a entonar una extraña melopea:

—Está prohibida la carne, pero ahora tenemos carne.

—¡Tenemos carne! —hizo eco sordamente el corro de salvajes.

—El Amo no lo sabrá y nosotros comeremos carne.

—¡Nosotros comeremos carne! —se volvió a elevar el clamor de aquella gente.

—La Ley dice que no se debe comer carne, pero nosotros romperemos la Ley.

—¡Romperemos la Ley!

¿Carne? ¿Dónde estaba?

Yo no la veía por ninguna parte.

Tuvo que ser Michael quien me aclarase el misterio, al susurrarme horrorizado:

—Paul... ¡Temo que la carne a que se refieren, seamos nosotros!

A la misma conclusión debía haber llegado Roger, el irlandés, porque su semblante se tornó lívido de terror.

—El Amo no nos da carne. Nosotros cogeremos la carne.

—¡Cogeremos la carne!

Lo que ocurrió después fue algo muy rápido. Surgiendo de las sombras aparecieron cuatro salvajes, abalanzándose sobre el irlandés. Vi cómo uno de ellos portaba un enorme cuchillo, en tanto que otro arrastraba una vasija de barro. Oí gritos, mezclados con el alarido de terror del desdichado marinero.

—¡Que no se pierda ni una sola gota de su sangre!

En fracciones de segundos tanto Michael, como Jean y yo, nos habíamos puesto en pie, corriendo para evitar la salvajada que no era otra que abrirle la garganta al pobre Roger. No pensamos en lo poco que podíamos hacer enfrentados sin armas a cincuenta enemigos.

¡Qué lucha!

Sabíamos que peleábamos por nuestras vidas y, por tanto, combatimos con las fuerzas que da la desesperación. Pero había cosas imposibles. Una

de ellas que tres hombres, aún contando con Jean, porque el irlandés estaba tendido en el suelo, inmóvil—, consigán vencer a más de cincuenta salvajes enloquecidos por la furia y el ansia por devorarnos.

Más tarde nos enteramos que, de no haber intervenido para evitar el asesinato que pretendían efectuar en la persona del irlandés, nada nos habría ocurrido, ya que, por el momento, se conformaban con sacrificar a este, dejándonos a nosotros para más adelante.

Como bastante tenía con ocuparme de mí, no pude ver qué era lo que estaba ocurriendo con Michael y Jean. Supongo que se verían enfrentados a un trance semejante al mío. Y, como tal, destinados a sufrir el mismo fin.

Llegó un momento en el que me vi de espaldas contra el suelo rocoso de la caverna, con cuatro salvajes encima. Uno de ellos empuñaba una rudimentaria maza. Vi cómo la alzaba... Y en aquel instante, justo un segundo antes de perder el conocimiento, me pareció escuchar un rugido prolongado que inundaba la cueva al tiempo que cedía la presión de mis enemigos y yo me desmayaba...

* * *

Lo primero que vi al recobrar el conocimiento fue la cara angustiada de Jean inclinada sobre mi semblante.

—Señor... ¿se encuentra bien, señor?

Oí la voz de Michael y enseguida apareció ante mis ojos, apartando con alguna brusquedad a mi viejo servidor.

—Déjale tranquilo, Jean. A tu señor no le ocurre absolutamente nada. Ha perdido el conocimiento y eso es todo.

Pasó las manos por mis axilas, ayudándome a ponerme en pie. Me encontraba todavía un poco mareado por lo que, en los primeros instantes no pude darme cuenta exacta de la situación. Luego, conforme la total lucidez tornaba a mi mente, ya fue otra cosa.

La caverna estaba llena de unos hombres totalmente distintos a la horda de caníbales. Los recién llegados sí que mostraban en su figura y facciones las características propias de las razas polinesias. Altos, bien formados, de piel color rojizo. No obstante, cuando uno de ellos me miró, sorprendí en sus pupilas algo que no me gustó. Si en los ojos de los antropófagos había visto reflejada la malignidad, en los de estos hombres —llegados tan a tiempo—, sorprendí una ferocidad aún mayor que en los de aquellos que intentaron devorarnos. Eran ojos de fiera; parecerá un absurdo, pero la expresión que lucían no era muy distinta a la que puede encontrarse en las pupilas de un león, de un tigre o de un leopardo. Ojos fríos, implacables, ojos que carecían de la menor emoción humana.

No obstante, les debíamos la vida. Fueron ellos, llegando oportunamente, quienes nos habían sacado de las garras de los caníbales.

—¿Quiénes son estos, Michael? —le pregunté en voz baja, porque no sé por qué me daba miedo elevar el tono, como si temiera que los recién llegados me atacaran al oírme.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Pero podemos darles las gracias por su oportuna llegada. No solo nos han librado de los otros bestias, sino que el jefe me ha dicho que no tenemos nada que temer. Que el Amo desea vernos. Y que los malditos caníbales van a encontrar su castigo, y muy pronto. A propósito, el pobre irlandés, ha muerto. Los muy bestias tuvieron tiempo para degollarle... No para comérselo, como era su intención.

En aquel momento, el jefe se nos acercó. Al tenerlo más cerca pude comprobar lo que ya había observado; sus ojos.

Ojos de fiera.

—Vendréis con nosotros. El Amo quiere veros.

Hasta su voz semejaba modular las palabras entre rugidos.

—Iremos —repliqué—. Y gracias por haber salvado nuestras vidas.

—El Amo así lo ordenó. Ellos serán castigados.

Se alejó, dejándonos solos. Incapaz de contenerme, hice partícipe a Michael de mis observaciones. No me sorprendí mucho cuando me dijo que también se había fijado en aquel detalle.

—Efectivamente, amigo mío, sus ojos parecen de fieras. Pero —y aquí su voz tornó a adquirir su habitual tono burlón—, espero que no vayas a pensar que hemos venido a dar en la isla del doctor Moreau.

—Claro que no puedo pensar en algo que tan solo es el producto de la fantasía de un novelista —contesté un poco agraviado—. Lo que yo digo es que en esos ojos hay algo extraño. Y que no me gusta, si quieres que te sea sincero.

—Desde que llegamos a esta isla, nada te ha gustado, Paul.

—¡Vaya! ¿Es que me vas a decir que hemos encontrado algo medianamente agradable? ¿Qué opinas tú, Jean?

—Digo, señor —moduló mi viejo servidor—. Que lo mejor que pudimos hacer era habernos quedado en nuestra Francia, sin meternos en lugares extraños con gentes más extrañas todavía, que nada bueno puede depararnos.

—Ahí tienes, Michael. Jean te ha expuesto con meridiana claridad mi pensamiento. Esta gente nos ha salvado la vida, de acuerdo. Pero nadie me quita de la cabeza que, llegado el caso, pueden ser muchísimo peores que los otros.

El resto de la noche lo pasamos en la maldita caverna, a salvo de los caníbales, pero —al menos Jean y yo— no muy tranquilos porque continuábamos pensando que los riesgos no habían pasado y que, por el contrario, iban a ir en progresivo aumento.

Capítulo 5

A

la mañana siguiente reanudamos un viaje cuyo destino final ignorábamos porque el jefe no se dignó darnos explicaciones al respecto y cuando intentamos sonsacarle, nos dirigió tal mirada que juzgamos prudente no insistir en el tema.

Por cierto que no quiero pasar por alto un hecho sumamente significativo y que contribuyó a aumentar mis recelos y temores. Ya me intrigó que cuando abandonamos la caverna, se quedaron en ella como unos cuarenta o cincuenta indígenas de los últimamente llegados. Hay que decir que durante la noche, estos habían procedido a atar muy bien a los caníbales, sin duda pensando en impedirles la huida, cosa que a no dudar, hubieran intentado.

Pues bien; nos habíamos alojado escasos metros de la cueva, cuando llegó hasta nuestros oídos un coro de horribles lamentos y gritos de dolor. Giré la cabeza y el espectáculo que vi casi me hizo desmayar de horror. No era para menos.

Los indígenas últimamente llegados se habían abalanzado sobre los inmovilizados y frustrados caníbales y estaban dando muy buena cuenta de ellos. No era lo peor que los matasen; lo verdaderamente horroroso era en la forma en que lo hacían.

—¡Cielos! —exclamé, casi negándome a creer lo que contemplaban mis ojos—. ¡Los estaban matando a dentelladas!

Así era. La horda últimamente llegada se valía de manos y sobre todo, dientes, para liquidar a los otros. A mordiscos, les desgarraban las gargantas y lo que más espanto producía era ver cómo aquellas bestias humanas, se relamían la sangre que manchaba sus mandíbulas.

—Como fieras —murmuré—. Igual que fieras...

—¡No mires, Jean, maldita sea! —gritó Michael impidiendo a mi servidor que volviera la cabeza—. Ya tenemos demasiadas complicaciones para que tú veas lo que no te interesa.

El descenso de la montaña fue algo de lo que prefiero no acordarme. La tropa de nativos que nos acompañaba lo realizó sin grandes dificultades —ya debían estar acostumbrados a aquellos parajes— pero a nosotros se nos hizo una jornada interminable. Hubo momentos en los que el camino que recorríamos se estrechó hasta medir menos de dos pies, teniendo a un lado los altos muros rocosos, y al otro, profundos e impresionantes abismos.

Todo lo que estaba viendo constituía una tremenda incógnita para mí; la isla no se parecía en absoluto a las existentes en aquellos mares. Una regla general que las abarca a todas es la profusión de grandes y hermosas playas, bosques con abundante vegetación, casi carencia total de montañas tan rocosas como la que dejábamos atrás y un clima maravilloso. Con razón, siempre se ha dicho que las islas de la Polinesia constituyen auténticos paraísos. Pues bien; esta en la que nos encontrábamos era absolutamente distinta. Nadie en su sano juicio hubiera podido decir que constituía un lugar amable y acogedor. Bastaba recordar los pantanos para convencerse de lo contrario.

Al fin, dimos en la llanura. No se parecía en nada a los paisajes que yo había contemplado en otras islas del sur. Existía la vegetación y la zona era boscosa. Pero los árboles eran totalmente distintos a la flora que yo conocía. Muy altos, sus ramas llegaban a unirse entre sí formando una especie de techo verde que apenas si dejaba pasar los rayos del sol.

Aún tuvimos que caminar casi una hora antes de que divisásemos un gran calvero en el bosque.

Lo primero que nos salió al paso fue un poblado constituido por una veintena de cabañas, toscamente edificadas, con techos formados por hojas de palma, procedentes sin duda de las únicas palmeras que habían visto, es decir, las que crecían en las proximidades de la playa.

En nuestro camino nos cruzamos con algunos indígenas, del tipo de los que nos custodiaban. Al igual que estos, existía en sus miradas algo implacable, una expresión fría, carente del menor sentimiento humano. Pude fijarme en que las escasas mujeres que se hicieron visibles eran muy bellas, de perfectas y armoniosas líneas pero con idéntica expresión helada en sus pupilas.

—No están mal —murmuró Michael—. Nada mal.

Su comentario lo motivaba la escasa vestimenta de las indígenas. Apenas un faldellín de tela, dejando al descubierto sus senos y resto del cuerpo.

En el borde del calvero, lindando ya con el bosque, se levantaba una gran edificación, mucho mejor construida que las cabañas. Una casa de dos pisos hecha con troncos y dotada de un porche distante del suelo por unas cortas escaleras. Al lado derecho de esta edificación, se elevaba otra, no menos grande que la primera.

En el porche, esperándonos, había un hombre. Conforme nos íbamos acercando, era más fácil reconocer sus características. Se trataba de un blanco, vestido con unos pantalones cortos, calcetines altos, y camisa color caqui. Todo ello muy limpio.

Respecto a su semblante, aparentaba unos cincuenta años, revelando sus facciones una fuerte inteligencia. Frente amplia y despejada, ojos

azules, muy penetrantes y mandíbula bien marcada y agresiva.

—Bueno —me susurró Michael—. Si este es el misterioso Amo, mis esperanzas se han venido abajo. No es mi hermano.

Al encontrarnos enfrente suyo, separados apenas unos cuantos pasos, el desconocido bajó los tres escalones del porche y una leve sonrisa se extendió por sus labios.

—Sean bienvenidos a mi isla, caballeros —saludó con voz bien timbrada, en correcto francés donde apenas si se percibía un ligerísimo acento extranjero—. Espero que se encuentren bien. Sean tan amables de pasar. Si algo precisan, no duden de que me será muy grato atenderles como es debido. Adelante, por favor.

El recibimiento no podía ser más cortés. Y si aquel era el misterioso Amo, comencé a pensar que acaso habíamos dejado a la imaginación volar con excesiva generosidad. Aquel hombre podía ser un misionero, de los muchos repartidos por las islas de los mares del sur. Pero si era así, su presencia en la isla se conjugaba muy mal con lo que ya habíamos visto, los caníbales y demás circunstancias extrañas.

—Permítanme presentarme, caballeros. Soy el doctor Carl Screiber.

No tenía necesidad de revelarnos su nacionalidad, porque el nombre y apellidos eran reveladores. Nos encontramos en presencia de un alemán. Claro que esto daba lo mismo. Cuando se visitan lugares exóticos y salvajes, las nacionalidades desaparecen para dejar paso a una común. Hombres blancos.

—Yo también soy médico, señor —se presentó Michael—. Michael Duladier... Paul Dupont y Jean —como no recordaba el apellido de nuestro sirviente, no añadió nada más—. Franceses, como usted sin duda, habrá adivinado.

—Celebro mucho conocerles, doctor Duladier. Pero pasen, por favor.

El interior de la vivienda nos reveló un hogar confortable y aunque sencillamente amueblado, acogedor. Los muebles eran rústicos, pero cómodos y funcionales y lo más importante, todo se ofrecía muy limpio.

—Ustedes necesitan asearse, cambiar sus ropas. Permítanme ofrecerles lo necesario.

Elevó la voz, llamando:

—¡Daría! ¡Mara! ¡Kara!

Casi instantáneamente, tres muchachas penetraron en la estancia. De inmediato, una de ellas me llamó poderosamente la atención. Era muy bella. Mucho. Pero ignoro si es porque estaba obsesionado por el recuerdo de los rasgos de mi perdida esposa, el caso fue que me pareció sorprender en los de aquella joven indígena un enorme parecido con la que tanto añoraba.

—Caballeros, estas muchachas les acompañarán a sus habitaciones.

Cuando juzguen conveniente, bajen. Les esperaré aquí. Obren como les parezca ya que deben considerarse en su propia casa.

Desde luego, las maneras del doctor Sreiber eran exquisitas. Su hospitalidad nada dejaba de desear.

Precisamente, la muchacha que había despertado mi interés fue la encargada de guiarme hasta una habitación donde encontré todo lo necesario para asearme. Parecía como si el médico alemán nos hubiera estado esperando, adivinando todo aquello que nos iba a ser necesario y no hubiera descuidado ni el menor detalle para hacernos cómoda la estancia en su mansión. Sobre una rústica silla pude ver ropas limpias, pantalones, camisas y calcetines blancos.

—Muchas gracias... ¿Cómo te llamas?

La muchacha me hizo una nueva reverencia, antes de contestar.

—Mara, señor. ¿Encuentra todo a su gusto el señor?

—Sí, desde luego.

Me resultaba poco menos que imposible separar mi mirada de ella. La fui recorriendo de la cabeza a los pies. Sus facciones eran correctísimas, finamente cinceladas. Respecto a su cuerpo, solo puedo decir que nada tenía que envidiar a las líneas perfectas de una estatua griega. El pecho, firme y erecto, la cintura estrecha, muslos redondeados y piernas esbeltas y bien formadas.

Pero ¡ah! siempre existe un «pero» que hace que nada sea perfecto, todo lo anterior quedaba, si no anulado, muy desvirtuado ante el fenómeno común en todos los indígenas que llevaba vistos. La fría, la helada, la inhumana expresión de sus ojos. Que, por otra parte, eran bellísimos.

—¿Necesita algo más el señor?

—No, nada. Muchas gracias.

—Tengo orden del Amo de satisfacer todos sus deseos, señor.

Nunca he sido mal pensado, pero creí adivinar que en aquellas palabras se encerraba una doble intención. ¿Acaso se me estaba ofreciendo ella misma? ¿La hospitalidad del doctor Sreiber llegaba hasta tales extremos?

—Te repito las gracias, Mara. No preciso de nada.

—Como el señor ordene.

Me dedicó otra de sus reverencias y silenciosamente abandonó la habitación. No pude por menos de seguir con la mirada sus deliciosas formas. Hubiera dejado de ser un hombre si no lo hubiera hecho.

Al quedarme solo me ocupé en adecentarme, que buena falta me hacía. Pude afeitarme y cuando me miré al espejo y vi mi rostro limpio de la porquería de los pantanos y cuidadosamente rasurado, me pareció que recobraba una personalidad perdida, que volvía ser un hombre civilizado.

Para que nada faltase, sobre la pequeña mesa, encontré un paquete de tabaco y una caja de cerillas. Desde luego, el médico alemán era un

anfitrión perfecto.

Alguien llamó suavemente a la puerta y al abrirla encontré a mi fiel sirviente Jean, también adecentado. El agua y el jabón habían conseguido limpiarle la suciedad, pero no borrar de su semblante la expresión de sombrío desaliento.

—Vengo por si el señor necesita de mí...

—No, Jean. Me he bastado por mí mismo. ¿Y tú? ¿Qué opinas de todo esto? Supongo que has tenido una linda muchacha para atenderte...

—Una bribona, señor. Tuvo la desfachatez de... perdóneme el señor que no se lo diga.

No pude por menos de reírme ante el gesto ofendido de mi servidor.

—No te preocupes. Conozco de qué se trata. Pero yo no me refería a eso. ¿Qué opinas del dueño de la casa?

—¿El alemán? Pues debo decirle, señor, que no me gusta su cara. ¿No se ha percatado el señor de que se parece a aquella abominable cabeza de piedra que vimos en la costa?

—¿Qué?

—Se parece mucho señor —insistió Jean—. Tiene la misma cara de demonio.

Ahora que me lo recordaba, hice memoria y caí en la cuenta que lo expuesto por Jean tenía un fondo de verdad. Efectivamente, la cabeza de piedra poseía un vago parecido con la del médico teutón. Naturalmente, tal circunstancia tenía que deberse a una simple casualidad. Pensar otra cosa, era absurdo.

Cuando bajamos al piso inferior, Michael todavía no lo había hecho. El doctor Screiber se hallaba sentado, con un vaso de licor en la mano y un enorme perro acostado a sus pies.

—¡Ah, son ustedes! Pasen, pasen...

Dejó el vaso sobre la mesita contigua y extendiendo su mano acarició la cabeza del perrazo.

—Este es «Billy». Un buen compañero al que quiero mucho —repitió la caricia al perro—. ¿Qué desean tomar? ¿Les apetece un *whisky*?

Sin esperar nuestra respuesta, se puso en pie, fue hacia una mesa y llenó un par de vasos de licor.

—Doctor, creo que le debemos una explicación —dije en tanto cogía el vaso que me alargaba.

—Me parece que es muy poco lo que pueden decirme —sonrió—. Ustedes han sido víctimas de un naufragio, ¿me equivoco?

—En absoluto. Nos atrapó un terrible huracán y...

—Sí, ya sé —me cortó—. Uno de esos tifones que de vez en cuando azotan estos mares... Son terribles, lo sé por experiencia. Ustedes son los únicos supervivientes, supongo.

—Desgraciadamente, doctor. La verdad es que estábamos a punto de perecer, cuando dimos con esta isla. Lo que fue un milagro porque no está señalada en los mapas...

Apenas pronunciadas las últimas palabras, me mordí los labios, arrepentido de haberlas expuesto. La mirada del doctor se había endurecido y por un breve instante creí sorprender en sus pupilas un brillo de malignidad. Pero si fue así, enseguida pasó.

—Sí, ciertamente, el dato es exacto. Se encuentra tan alejada de los archipiélagos y además como carece de toda importancia, ningún cartógrafo se ha molestado en hacerla constar en los mapas. En realidad, esto me beneficia porque así me encuentro a salvo de visitas inoportunas.

Bebió unos sorbos de licor antes de continuar tranquilamente, como si la cosa careciera de la menor importancia.

—Solo de muy tarde en tarde, llega algún extraño, procedente de cualquier naufragio. Por desgracia, no siempre puedo intervenir a tiempo y los salvajes de la costa los sacrifican para devorarlos. Se trata de una fea costumbre muy difícil de quitarles... Y no lo entiendo, se lo aseguro, porque en lo que a mí respecta nunca me ha gustado el sabor de la carne humana. Tiene un ligero sabor amargo, nada agradable al paladar...

Tal fue mi impresión al oírle, que el vaso escapó de mis manos, estrellándose contra el suelo. Sorpresa y horror porque me parecía monstruoso que un hombre blanco admitiera —con la tranquilidad que lo hacía el doctor— haber probado la carne humana. Tenía que haberlo hecho porque de lo contrario ¿cómo hablaba de su sabor? No era posible, yo debía haber entendido mal sus palabras... Confuso y aturrido, miré de reojo a Jean, sorprendiendo el gesto de horror que martirizaba su rostro.

«Este hombre nos ha querido gastar una chanza», pensé. «Aunque es una broma de pésimo gusto...».

—No se preocupe —dijo el médico, al observar los restos del vaso y líquido derramado sobre el suelo—. No tiene la menor importancia. Enseguida le sirvo otro... ¡Mara!

Entró la muchacha y lo hizo con aquella gracia en sus andares que parecía hacerla flotar. Con un gesto, Screiber le señaló el vaso roto y ella, inclinándose, comenzó a recoger los vidrios. En aquel instante hizo su entrada Michael, lavado, afeitado y tan pulcro como nosotros.

—¡Ah! —saludó Screiber—. Adelante, señor Duladier.

Ocurrió algo inesperado. El enorme perro que había permanecido junto al médico alemán, se puso en pie de un salto y, corriendo hacia Michael, comenzó a restregarse contra sus piernas, al tiempo que alzaba la cabeza para mirarle. En el primer momento, mi amigo se mostró muy sorprendido; luego acarició la cabeza del animal.

—Le felicito —exclamó Screiber—. Parece que usted le gusta a nuestro

«Billy».

—¿De qué raza es? —preguntó Michael—. No consigo identificarlo.

—Ni lo intente. Yo soy el inventor de la raza, mediante cruces. Es un animal muy fiel y valeroso. Ven aquí, «Billy».

Ante mi extrañeza, el perrazo no se movió del sitio que ocupaba, junto a las piernas de Michael. El médico volvió a insistir en su llamada y la reacción del can fue volverse hacia él al tiempo que le mostraba los colmillos y emitía un gruñido de amenaza.

Nos miramos unos a otros. El más sorprendido era el alemán en cuyo semblante apareció un gesto de irritación.

—¿Eh? —exclamó con voz chillona—. ¿Qué es esto, «Billy»? ¡Ven aquí!

El perro acentuó la agresividad hacia su dueño. Se le erizó el pelo del lomo y mostró nuevamente los colmillos en una actitud que proclamaba bien a las claras su animosidad hacia Screiber. Por el contrario, cuando Michael acarició su cabeza, tornó a mostrarse tranquilo e incluso empezó a lamer la mano de mi amigo.

Vi cómo la cara del alemán se congestionaba por la ira. Durante un breve instante creí que iba a intentar golpear al perro. Las venas de la frente se le hincharon revelando el tremendo esfuerzo que tenía que hacer para dominarse. Pero lo consiguió, hasta el punto que incluso forzó una sonrisa.

—¡Vaya, para que hablen de la fidelidad canina! En fin, usted sabrá lo que lo ha hecho, señor Duladier.

—¿Yo? —se asombró Michael—. Nada. Absolutamente nada... Es más, y no tengo inconveniente en decirlo. Jamás tuve perro...

—Pues a partir de este momento, me parece que ya tiene uno —dijo el doctor Screiber—. Y eso lo digo a juzgar por el súbito cariño que le ha cogido.

Era cierto. El enorme animal no se separaba de las piernas de Michael, se restregaba contra ellas, le lamía la mano y de vez en cuando elevaba su cabeza para posar sus ojos en el semblante de mi amigo. La extraña situación llegó a más, porque de pronto, el perro comenzó a gemir.

Era como si llorase.

Aparentemente, no existía motivo para aquel gimoteo por parte del can. No obstante, me sentí muy impresionado y al mirar a Michael, observé que le ocurría otro tanto.

—Bien, caballeros —comenzó Screiber—. Sin necesidad de que me lo pregunten, adivino sus pensamientos. Se sienten ustedes extrañados de que yo, un europeo, viva en un lugar tan separado de la civilización como este. Si fuera un misionero, todo estaría perfectamente claro. Pero no lo soy. Mi profesión es la Medicina. Soy un científico. Por tanto, ¿qué hago aquí?

—Doctor —dije con mucha prudencia porque un vago instinto me

advertía la conveniencia de obrar con mucho tacto—. Nosotros no le preguntamos nada. Sentimos gratitud hacia usted, ya que si vivimos es gracias a su ayuda.

La risotada de Screiber me hizo fruncir el ceño. Era la suya una reacción que no había esperado.

—¡Gratitud! Por favor, amigo mío, no mencione esa palabra. La gratitud es algo inexistente. Yo lo sé muy bien.

Cogió la botella llenándose el vaso y en esta ocasión no nos preguntó si deseábamos beber.

—Caballeros, lo que yo hago en esta isla y los motivos que me han empujado a fijar mi residencia en ella, es asunto que no les concierne. De la misma forma, yo tampoco les preguntaré qué hacían ustedes por sus proximidades, teniendo en cuenta que las rutas de las líneas de navegación pasan bastante lejos. Están aquí y ese es el hecho.

—Doctor —tomé la palabra—. No deseáramos serle gravosos y nada nos alegraría más que poder trasladarnos al sitio más próximo civilizado... ¿Está usted en condiciones de poder facilitarnos los medios necesarios para abandonar la isla?

Dejó escapar otra risotada aún mayor, si cabe, que la primera.

—¿Quieren marcharse, eh?

Apuré el contenido del vaso de un solo trago.

—Caballeros, no pidan cosas imposibles. Cuando vine aquí lo hice con el firme propósito de aislarme de eso que han llamado ustedes «civilización». Traje conmigo todo lo necesario para no volver a ella en toda mi vida... Como ustedes saben, esta isla está muy alejada del tráfico marítimo. Y yo no tengo un barco para proporcionárselo. No, señores, lo lamento mucho, pero temo que su estancia en este lugar resultará muy prolongada...

No sé por qué, sus palabras me sonaron exactamente igual que el tétrico sonido de unas campanas doblando a difuntos...

Capítulo 6

A

QUELLA noche, después de la cena durante la cual el doctor Sreiber había vuelto a comportarse como un perfecto y exquisito anfitrión, Michael y Jean se reunieron conmigo en mi dormitorio, deseosos de cambiar impresiones sobre nuestra actual situación.

A Jean no había que preguntarle su opinión; por si no bastara el gesto sombrío de su semblante, la expuso en pocas pero contundentes palabras: «Hemos venido a dar en un lugar infernal, señor, y temo mucho que no escapemos vivos de aquí. Ese médico alemán me causa miedo. Algo trama y sospecho que no es nada bueno para nosotros».

—Bien, Michael, por lo pronto ya podemos olvidarnos de la necia historia de tu hermano, a no ser que nos hayamos equivocado de isla.

—No lo creo, Paul. En todos estos mares no hay otra isla semejante a esta. De eso, estoy seguro. Ya sé que nada existe que nos garantice que esta es la elegida por mi hermano... Pero tengo el presentimiento de que hemos venido a dar en el lugar preciso.

—Para salir de dudas, no nos queda otra solución que encararnos de frente con el problema —gruñí—. O lo que es igual, preguntarle a Sreiber si sabe algo de tu hermano.

—Señor —intervino Jean—. ¿Recuerda lo que dijo ese médico infernal? Se refirió al destino que les aguarda a los desgraciados náufragos que llegan a la maldita playa y caen en manos de aquellos caníbales...

Hubiera hecho mejor en guardarse sus deducciones para sí mismo, porque la cara de Michael se tornó pálida, en tanto decía con voz irritada:

—Jean... ¿Acaso intentas decirnos que mi hermano ha podido acabar en los estómagos de esos salvajes?

—No ha sido esa mi intención —se disculpó torpemente mi servidor—. Me limitaba a recordar lo que dijo ese hombre...

—¿Acabemos! —le interrumpí malhumorado—. Veamos cuál es la situación. Los hechos son que nos encontramos en una isla de la que no sabemos una palabra, en poder de un hombre del que tampoco sabemos nada y rodeados de salvajes muy poco amistosos. No es que yo catalogue a Sreiber con las mismas tintas negras que tú, Jean. Pero lo que es evidente es que nos encontramos ante un hombre muy extraño, rodeado de misterios. ¿Qué hace en esta isla? ¿Cómo puede vivir tan tranquilo rodeado de caníbales? ¿Quiénes son estos indígenas de mirada de hielo? Y, sobre todo,

¿qué nos reserva el futuro?

—Preguntas algo a lo que ninguno de los tres podemos dar respuesta —dijo Michael—. Ahora bien; estoy contigo en que, efectivamente, aquí existe un misterio.

—Que yo no tengo el menor interés en averiguar —opiné con disgusto—. Allá Screiber con sus asuntos. Lo que me preocupa es la forma de poder largarnos de aquí cuanto antes. Asunto al que no veo solución.

—Ni yo. Para eso hace falta un barco y nosotros no tenemos ninguno. Por otra parte, no estoy dispuesto a abandonar esta isla hasta tener la absoluta seguridad de que mi hermano no se encuentra en ella.

—¿Qué dices tú, Jean?

—Digo, señor, que puesto que no podemos marcharnos, habrá que resignarse a sufrir lo que nos tenga deparado ese diabólico médico antropófago.

—¿Antropófago? —Michael frunció el ceño, mirando fijamente al viejo servidor—. ¿Por qué dices semejante cosa, Jean?

Fui yo quien le expliqué el origen del comentario. Como él no había estado presente, ignoraba la sorprendente declaración de Screiber.

—¡Tonterías! —gruñó—. Se quiso reír de vosotros, eso es todo.

—Eso mismo pienso yo —estuve conforme.

El que no lo estaba era Jean que opinó todo lo contrario. «Ese demonio no es amigo de bromas, señor. No tiene humor para eso. Si dice que no le gusta el sabor de la carne humana, es porque la ha comido». Y no hubo forma de convencerle de que tal cosa era un absurdo.

Total, que nos separamos sin haber tomado ninguna decisión. Que, por otra parte, no era fácil de adoptar. ¿Qué podíamos hacer si carecíamos del más mínimo instrumento de defensa para oponernos a las intenciones de Screiber si estas eran —Jean no lo dudaba— poco afectuosas hacia nosotros?

Cuando salía de mi habitación, Michael encontró al enorme perro, «Billy», esperándole. Apenas le vio, el animal repitió su extraña actitud anterior, mirándole a la cara, en tanto gemía suavemente.

—No entiendo qué ha podido ver en mí —se encogió de hombros mi amigo—. Pero es evidente que me ha cobrado un súbito cariño... Bueno, viejo, ven conmigo...

Vi cómo la pareja —hombre y perro—, se alejaban pasillo adelante.

Me quedé solo, cerré la puerta y antes de acostarme decidí fumar un cigarrillo y tomar un poco de aire exterior. Abrí la ventana y durante unos minutos, fumé en silencio.

La casa estaba envuelta en silencio.

No ocurría lo mismo en el cercano poblado indígena.

La noche era muy clara y pude ver cómo, en torno a una enorme

hoguera, se había reunido un numeroso grupo de nativos. Sonaban tambores y cuando este ruido se interrumpía, era para dar lugar a un coro de voces tan fuertes que llegaban perfectamente hasta mis oídos.

—La Ley dice que no se puede comer carne.

—¡No se puede comer carne!

—La Ley dice que no podemos matar.

—¡No podemos matar!

—La Ley dice que solo mataremos si lo ordena el Amo.

—¡Solo si lo ordena el Amo!

Las voces repetían monótonamente una y otra vez la misma cantinela. Y tenía mucho de pavoroso aquel canto siniestro y repetido, las oscuras siluetas de los nativos y el enorme fuego de la hoguera que despedía sus altas llamas hacia el cielo.

Cuando cesaba el coro, volvían a sonar los tambores, llenando con su estruendo el aire. No sé qué era peor; si el grito prolongado de los nativos o el batir de los parches.

Hablaban de prohibiciones.

Una Ley.

Dictada, sin la menor duda por el doctor Screiber. El Amo poderoso al que no se podía desobedecer. Y una y otra vez, se repetía la misma prohibición. No comer carne.

NO COMER CARNE.

Apenas llegamos a aquella maldita tierra, Michael se refirió a la isla del doctor Moreau. Una novela, la fantasía de un escritor. Pues bien; lo que yo estaba presenciando se parecía no poco a las hordas de hombres que antes fueron fieras, transformados por el médico loco.

Pero lo que imaginó la mente de un novelista era algo que jamás podía convertirse en realidad. No se puede, es imposible transformar mediante la cirugía, un cuerpo de animal en un organismo humano. No se puede. ¡No se puede cambiar con el uso del bisturí, garras por manos, cabezas de león en semblantes de hombre...! ¡No, mil veces, no!

Screiber no era el doctor Moreau.

Nadie podía serlo.

No obstante, en aquella isla ocurría algo extraño.

La naturaleza tiene unas reglas.

Unas reglas que no pueden ser violadas.

Siendo así, ¿qué era lo que estaba ocurriendo allí?

¿Quién era el doctor Screiber? ¿Qué hacía?

Unos golpes propinados en la puerta, me hicieron volver en aquella dirección.

—¡Pase! —invité.

En el umbral se silueteó la grácil figura de Mara. Recortada contra la

luz del exterior, su figura se mostraba tal como era. Una mujer joven con un cuerpo que envidiaría cualquiera de esas muchachas que compiten en un concurso de belleza.

—¿Y bien? —interrogué, porque no podía adivinar qué era lo que deseaba a aquellas horas de la noche.

Sin responder, se introdujo en la habitación y aproximándose a la ventana, cerró los batientes. Después, se encaró conmigo que había contemplado su acción no sin cierto pasmo.

—Tú no oír eso. Tú no ver eso. No bueno.

La miré fijamente.

—¿Por qué no es bueno?

—No bueno para ti. Bueno para ellos. No para ti.

Impulsivamente, la cogí por sus bien redondeados hombros, haciendo que me mirara a la cara.

—Vamos a ver, Mara. ¿Por qué es bueno para ellos y no es bueno para mí?

—A ti, Amo no prohibir comer carne. Tú poder comerla. Ellos, no... Yo, no... A ti no importar prohibición...

Todo lo que oía era, como cuantas cosas ocurrían en aquella isla, muy extraño. Se me ocurrió que quizás pudiera sonsacar a la muchacha y lo intenté. Pero perdí el tiempo. No hubo forma de que contestara a ninguna pregunta, limitándose a repetir que no debía ver ni oír lo que hacían los nativos. «No bueno para ti».

—Tú puedes matar. Yo, no... Para matar, Amo tiene que decírmelo.

—Nunca he matado a nadie, Mara.

—¿No? Amo no prohibírtelo.

—Oye, Mara —estallé—. Tu Amo a mí no puede prohibirme nada. El Amo será tuyo, pero no mío. Nosotros no tenemos Amos. No somos esclavos de nada ni de nadie.

Apenas lo dije, me di cuenta de la falsedad que encerraban mis palabras. ¡Claro que los civilizados tenemos amos! No hemos de tenerlos! Esos amos que nos someten a una abyecta esclavitud se llaman drogas, tabaco, juego... Moda y joyas para las mujeres. Bueno, ¿es que existe alguien en este mundo que puede mostrarse tan altivo como para presumir de ser enteramente libre?

—Está bien, Mara. Gracias por venir a decírmelo.

Con aquello, creí que ella se marcharía. Pero me equivoqué.

Se quedó inmóvil y sin hacer lo más mínimo para separar mis manos de sus hombros donde continuaban posadas. Mirándome fijamente. Mirándome, sin despegar los labios.

Me estremecí al contemplar sus pupilas. Eran tan frías que, en un súbito pensamiento, me recordaron las de una serpiente.

De repente, se movió. ¡Y cómo! Antes de que pudiera darme cuenta de sus intenciones, me echó los brazos al cuello y entrelazó sus piernas en las mías, de tal forma que me hizo caer, arrastrándola en la caída. Que uno se vea en semejante situación con una hermosa mujer es cosa que muchos hombres envidiarían. Pero yo no podía pensar en nada de eso. Y me resultaba imposible hacerlo, porque aquel abrazo amenazaba con ahogarme.

Jamás hubiera podido suponer que una muchacha, tan grácil en apariencia, poseyera unas fuerzas parecidas. No soy hombre débil; pues bien, ante aquella brutal presión, pronto me di cuenta de que nada podía hacer. Sus piernas se habían trabado en las mías, como la enredadera en el muro y uno de sus brazos, pasándome por el cuello, apretaba de tal forma que comenzó a faltarme la respiración. Quise hablar, y no pude. Tan solo un jadeo escapaba de mi garganta al tiempo que notaba cómo el aire comenzaba a faltar en mis pulmones. En momentos como aquellos no se puede recapacitar, es imposible coordinar los pensamientos. De haber podido hacerlo, no cabe la menor duda de que me hubiera sentido intrigado ante una acción tan incomprensible como aquella.

Quise gritar y tan solo un jadeo entrecortado brotó de mi garganta. La boca, abierta, pugnaba por introducir el aire en los pulmones. Comencé a sentir los primeros síntomas de la estrangulación. Y a todo esto, de alguna parte, llegaba hasta mis oídos un extraño silbido.

De pronto, oí una voz —aunque no logré entender lo que decía— al tiempo que la presión de aquel brazo, se aflojaba.

Con la misma rapidez con que se había producido el incomprensible ataque, cedió. En medio de mi aturdimiento, noté cómo el cuerpo de Mara se despegaba del mío, dejándome en libertad. En el suelo, porque no tenía fuerzas ni para moverme, permanecí con los ojos cerrados, respirando trabajosamente, llenando de aire mis pulmones.

Me pareció oír la voz chillona del doctor Screiber, mezclada con chasquidos de látigo y cuando, un tanto recobrado, me incorporé, pude contemplar una extraña escena.

Efectivamente, se trataba del alemán.

Mostraba la cara deformada por un gesto de intensa cólera, en tanto que utilizando un látigo descargaba una lluvia de feroces golpes sobre la muchacha. Mara se retorció ante el brutal castigo, intentando proteger con los brazos el cuerpo. Lo que más me llamó la atención fue la indescriptible mueca de rabia que distorsionaba su rostro, mientras que de su boca entreabierta brotaba un horrible silbido.

No hacía ni segundos que yo había estado a punto de morir, estrangulado por ella. Pero eso era secundario, ante el hecho que presenciaba. Para mí, lo que allí ocurría era ni más ni menos que la brutal

acción de un hombre sobre una mujer. Durante un breve lapso de tiempo permanecí inmóvil, mirando fascinado la correa de cuero caer una y otra vez sobre el esbelto cuerpo de la joven, dejando marcadas en su piel estrías sangrientas a cada golpe que recibía.

Mi reacción fue abalanzarme sobre Screiber agarrándole el brazo para impedir que continuara con el brutal castigo.

—¡No haga eso! —grité—. ¡No se puede tratar así a un ser humano!

La ira brillaba en sus pupilas al mirarme, en tanto barbotaba:

—A un ser humano, no... Pero a eso... —señaló a la muchacha que había ido a refugiarse en uno de los rincones de la habitación, adosando sus espaldas contra la pared, plantándonos cara.

El látigo silbó en el aire, cayendo una vez más sobre ella.

—¡Fuera de aquí! —bramó Screiber—. ¡Fuera!

La chica se apresuró a salir de la habitación.

Durante unos momentos, el silencio reinó en la estancia. Yo estaba aturdido y confuso porque de mi mente no podía apartar las enigmáticas palabras del médico alemán. ¿Qué quiso decir al señalar con tanto desprecio a la muchacha, negándole su condición humana?

—Lo siento —dijo bruscamente, evitando mirarme—. Con estos salvajes, nunca se sabe... Créame que no me agrada mostrarme brutal con ellos, pero le aseguro que, a veces, es el único lenguaje que entienden.

—No entiendo lo que pasó, doctor. Le doy mi palabra de que yo nada hice que justificara una acción semejante.

—Por favor, amigo mío, usted no tiene por qué presentarme ninguna disculpa —había vuelto a ser el hombre cortés y educado—. Ya le digo que son seres sumidos en el salvajismo y, por mucho que uno haga, hay ocasiones en que los impulsos atávicos pueden más que el dominio que ejerzo sobre ellos. No piense más en este lamentable suceso y procure descansar. Buenas noches.

Me quedé solo, sumido en la incertidumbre.

Y el miedo, ¿por qué no decirlo?

En aquella isla ocurría algo misterioso y terrible.

—¡No, maldita sea, eso no puede ser! —exclamé, rechazando la idea que otra vez pugnaba por adueñarse de mi mente.

No era posible que un médico demente hubiera intentado llevar a la realidad lo que, en resumidas cuentas, tan solo era el producto de la fantasía de un escritor. Screiber no podía ser otro doctor Moreau.

NO SE PUEDE CONVERTIR A LOS ANIMALES EN SERES HUMANOS.

Como producto de la imaginación de un autor de novelas fantásticas, hay que admitirlo. Pero de ahí, a intentar poner en práctica el fenomenal disparate, había un abismo.

Se trata de organismos distintos. ¿Cómo va a poder transformarse la cabeza de un tigre en otra humana? Son cráneos absolutamente diferentes. Ni patas, ni brazos y piernas. ¡Imposible!

Comencé a pensar que si seguía dando vueltas en mi cabeza al disparate, corría el peligro de acabar perdiendo el juicio.

Abrí la ventana, asomándome al exterior, porque necesitaba que el fresco aire de la noche acariciara mis sienes, aclarándome los pensamientos.

Lo primero que me llamó la atención fue el silencio absoluto que dominaba el lugar. La gran hoguera en cuyo torno se había congregado el grupo de nativos, ya no lanzaba sus enormes llamas hacia el cielo. Alguien la había apagado y tan solo quedaban las cenizas humeantes. Tampoco se veía a ningún indígena y el lugar se me ofreció desierto.

Iba a encender un cigarrillo, cuando me llegó un rumor, procedente del gran edificio situado muy próximo a la mansión central. Presté oído, pareciéndome escuchar una tos ronca que se interrumpía para reanudarse. Y, entremezclado con este ruido, creí oír también unos gemidos exhalados, no me cabía duda, por una garganta humana.

Hay ocasiones en la vida en las que uno decide dejar de lado toda la prudencia y enfrentarse, de una vez, con aquello que despierta su intriga o su desconfianza.

Una sensación de este género fue la que me asaltó en aquel momento. Era preciso que averiguara qué se escondía tras la máscara de amabilidad del doctor Screiber. Y sí, para conseguirlo, tenía que arriesgar, estaba decidido a correr el riesgo.

Capítulo 7

N

ADIE me salió al paso cuando, abandonando mi habitación, comencé a recorrer la casa. En torno mío todo era silencio.

Cautelosamente, llegué hasta la entrada y, antes de salir, espí a un lado y otro. No pude descubrir el menor signo de una presencia humana.

Sigilosamente, como una sombra fundiéndose en la oscuridad de la noche, me encaminé hacia la edificación que había despertado mi interés. Todas las ventanas, excepto una, permanecían oscuras. La que llamó mi atención despedía una leve luminosidad y hacia aquel sitio encaminé mis pasos. Antes de que me hubiera asomado para intentar ver qué era lo que estaba ocurriendo en el interior, pude oír perfectamente una serie continuada de lamentos.

Cuidadosamente, miré, y pudo contemplar una escena que despertó mi horror e indignación.

Atada a un madero estaba Mara, totalmente desnuda. Frente a ella, el doctor Screiber manejaba el látigo, propinando a la pobre muchacha una brutal paliza. Cada golpe que propinaba iba acompañado de una imprecación. La débil luz que procedía de un quinqué, revelaba las facciones del médico, distorsionadas por una expresión de ira diabólica.

El castigo ya había dejado sus sangrientas huellas en la espalda de la muchacha, mediante una larga serie de estrías cortando su morena piel.

Aguanté la respiración y los incontenibles deseos que me asaltaron de entrar en la estancia para enfrentarme a aquel bárbaro. Nunca, en mi vida, me fue dado presenciar una escena más odiosa.

En un momento dado, Screiber detuvo su acción, sin duda cansado del manejo del látigo. Con un movimiento de irritación, se pasó la mano por la frente para secarse el sudor.

—Eres una mujer, estúpida. ¿Lo entiendes bien? Una mujer... Vamos a ver, ¿qué eres?

La voz de la muchacha era tan débil que apenas si pude entenderla.

—Soy... Soy una mujer...

—¡Repítelo!

—Una... mujer...

—¿Y cómo te has comportado con mi invitado, di, cómo lo has hecho? ¿Cómo una mujer?

—No... No he sido una mujer...

Silbó la trenza de un cuero y un nuevo latigazo cayó sobre el cuerpo desnudo de Mara.

—¡Pues tienes que serlo! ¿Me oyes, desgraciada? ¡Tienes que serlo!

En aquel momento, de las profundidades del almacén —a mí eso me pareció llegó nuevamente el sonido de aquella tos que tanto me había intrigado. Al oírla, Screiber se desentendió de la muchacha, para lanzar una maldición.

—¡Ya os voy a arreglar también a vosotros, malditos!

Vi cómo se alejaba, fundiéndose en la oscuridad. Pero si no podía ver qué estaba pasando, sí que me era dado escuchar la voz del médico llegó claramente a mis oídos, mezclada con toses y algo que me parecieron gruñidos.

—¡A callar! ¡A callar, os he dicho!

Restallaba el látigo una y otra vez.

Por fin cesaron toses y gruñidos y Screiber volvió a aparecer, con cara de pocos amigos. Mascullando entre dientes, dejó el látigo en el suelo y aproximándose al madero, desató a la muchacha.

—Que esto te sirva de lección. Anda, vamos...

Tuvo que sujetarla para impedir que ella se desplomase, tan extenuada estaba. Como vi que la pareja se dirigía hacia la puerta, me apresuré a retirarme velozmente para ir a buscar refugio en la esquina de la edificación, allí donde las sombras eran más densas.

En el exterior, la muchacha se alejó tambaleante en dirección al poblado de los nativos, en tanto que el médico se introducía en la gran casa central.

Cuando juzgué que ya no existía peligro alguno de ser descubierto abandoné mi escondite y fui hacia la puerta del barracón. No tuve que forzarla en absoluto, porque estaba abierta.

No soy un héroe, pero tampoco un cobarde. Entiendo que soy un hombre normal. Y, como tal, sujeto a emociones tan dispares como el valor y el miedo.

En aquellos momentos, a nadie puede extrañarle que fuera lo segundo lo que predominaba en mí. Allí dentro existía algo —ignoraba el qué— oscuro y pavoroso. Algo que quizá me revelase de una vez por todas el misterio que envolvía al doctor Screiber.

Muchas veces, la verdad nos causa más temor que la mentira. Tememos descubrir el hecho cierto, sobre todo si sospechamos que en él se encierra algo que hubiera sido mejor no descubrir. Pero tampoco se puede vivir en la incertidumbre.

Con infinito cuidado, empujé la puerta. Adentro reinaba la oscuridad más completa. Las tinieblas me rodeaban y en ellas comencé a enjuiciarlas como una amenaza invisible, un riesgo y un peligro que, precisamente por

desconocido, era más de temer.

¿Qué secreto terrible se encerraba en aquel edificio?

Encendí un fósforo para poder disponer de alguna luz. A su débil llamita pude ver el quinqué, ya apagado; no me costó mucho hacerlo funcionar nuevamente.

No tuve que adentrarme gran cosa para sorprender el origen de toses y gruñidos. Adosados a lo largo de uno de los muros, había una larga fila de jaulas. Algunas estaban vacías, pero en otras pude ver una serie de animales, prisioneros tras los barrotes. Tres leopardos, un oso, varios perros enormes, dos leonas y cuatro o cinco chimpancés.

Me quedé inmóvil, mirando fascinado aquel pequeño zoológico. Ya conocía el origen de los ruidos que tanto me intrigaron.

El pensamiento atroz que me había estado martirizando y que una y otra vez rechacé con energía, tornaba a imponerse en mi mente aturdida y confusa.

SCREIBER HA LLEVADO A LA REALIDAD LA FANTASÍA DEL DOCTOR MOREAU.

Convierte animales en seres humanos.

«Míralos» —pareció susurrarme una vocecilla insidiosa en el oído—. «Ahí tienes la prueba: ¿Para qué quiere Screiber estos animales? Ninguno es originario de esta parte del mundo. Ha tenido que hacérselos traer y eso le habrá costado mucho dinero. ¿Para qué?».

Me costó mucho trabajo alejar este pensamiento de mi cabeza. Hay cosas que no pueden hacerse.

NO PUEDEN HACERSE.

Son, sencillamente, imposibles.

Me era imposible adivinar para qué quería el médico alemán aquellos animales. Pero la lógica, el sentido común, todo absolutamente, me obligaba a rechazar de plano la posibilidad de que, efectivamente, su ocupación científica fuera la misma que imaginó la mente privilegiada de H. G. Wells.

Era mejor no pensarlo. Si continuaba dando albergue en mi cabeza a aquella idea, corría el peligro de volverme loco.

—Buenas noches, amigo mío.

Di un salto, como si me hubiera picado un escorpión. Al volverme —debí tornarme lívido— pude ver la faz sonriente del doctor Screiber, contemplándome con cierto aire burlón estampado en su semblante.

—Por favor, no se inquiete —continuó con voz suave—. No deseo importunarle. Comprendo su curiosidad... Una emoción muy humana, por cierto. Usted es humano, claro...

No sé por qué creí sorprender en la voz cierto tono de sombría amenaza.

—No obstante, amigo mío —recalcó lo de «amigo mío»—, si usted me lo hubiera dicho, mañana, con el día, yo hubiera tenido mucho gusto en acompañarle para que contemplara usted mi pequeño zoológico.

Al fin, recobré el uso de la palabra. De repente, comprendí que cualquier cosa que dijera, o hiciera, de no ser cuidadosamente medida, podría acarrearle unos resultados muy desagradables. Era necesario obrar, como se dice vulgarmente, «con pies de plomo».

—Ocurre, doctor —traté de que mi voz no revelara en absoluto la inquietud que me dominaba—, que, hace un rato, estando en la ventana porque deseaba tomar un poco el fresco de la noche...

—¡Ah, claro, comprendo! —me interrumpió—. Tenía usted calor.

—En efecto, doctor, tenía calor. Pues bien, como le decía, estaba en la ventana cuando oí unos ruidos que venían de este edificio... Ya ve, lo que son las cosas... ¡Pues no creí que sonaban unos gemidos de dolor!

Era una carta muy arriesgada la que me estaba jugando, pero no me quedaba más remedio que emplearla. Veríamos si Screiber no sacaba a relucir un naipe mejor que el mío.

—¿Dice usted que creyó oír gemidos de dolor?

El acento del médico ya no era tan suave. Por el contrario, había adquirido un tono de sequedad.

—Eso mismo, doctor... Ahora comprendo que me engañé, porque aquí no hay ninguna persona que se queje...

—Siga —me invitó muy serio—. Me interesa mucho su relato.

«Tú te estás preguntando —pensé— si no te he estado espiando con anterioridad y he visto lo que hacías con la pobre Mara. Habrá que quitarte la idea de la cabeza».

—Total, que impulsado por la curiosidad, vine aquí. Y eso es todo, doctor. Como ve, cosas sin importancia.

—Muy cierto —movió la cabeza—. Son cosas sin importancia. Bien... ¿Y qué le ha parecido mi pequeña colección?

—Hermosos animales —alabé—. Le ha debido costar una fortuna traerlos hasta la isla.

—Le diré, amigo mío... Cuando se tiene un capricho, no se detiene uno a pensar en su precio. Poro venga, venga...

Me cogió familiarmente por el brazo, llevándome hasta la jaula que albergaba un magnífico ejemplar de leopardo.

—¿Qué le parece? Es uno de mis animales favoritos.

—Muy hermoso —alabé—. Ciertamente, es un bello animal.

—¿Y esta? —me señaló a una de las leonas—. Tiene muy mal genio. Bueno... es hembra. En su especie, es una mujer. El leopardo es un macho, es decir, equivale a un hombre.

Mientras hablaba, mantenía sus ojos fijos en los míos, como si quisiera

profundizar en mis pupilas y adivinarme los pensamientos.

—Bueno, ya lo ha visto usted todo —dijo de pronto, con cierta brusquedad—. Vámonos de aquí.

Sin soltar mi brazo, me acompañó hasta la edificación central, subiendo las escaleras conmigo, hasta detenernos en la puerta de la habitación que me había destinado.

—¿Tiene usted sueño, amigo mío?

—No mucho —repliqué sinceramente, aunque algo sorprendido por su inesperada pregunta. ¿Qué le podía importar que yo tuviera sueño o no?

—En este caso, lo mejor que puede hacer es leer un rato. Verá cómo eso le ayuda a conciliarlo. Espere un momento... Precisamente tengo en mi habitación una obra que le agradará leer...

Me dejó solo, sumido en mil dudas y recelos. A pesar de su amabilidad, no me engañaba. Aquel hombre maquinaba algo.

No tardó mucho en regresar, entregándome un libro, sin perder ni por un momento su sonrisa de cordialidad.

—Tenga. Si no lo ha leído, ya verá cómo le agrada...

Bajé la mirada para leer el título y al instante sentí cómo todo mi cuerpo se estremecía.

«LA ISLA DEL DOCTOR MOREAU», por H. G. Wells.

Fui a decir algo, no sabía qué, pero cuando levanté la mirada, el médico ya no estaba ante mí. Se alejaba pasillo adelante, riendo de una forma que me dio miedo.

Al penetrar en mi habitación todavía llevaba en mis oídos el eco de sus carcajadas.

Capítulo 8

E

L que sepa lo que es pasar una noche sin pegar ojo, ya conoce lo que fue aquella para mí. ¿Cómo iba a poder conciliar el sueño después de lo visto y, sobre todo, de la última acción de Screiber? Solo un necio hubiera podido pensar que al entregarme la novela de Wells, lo hizo sin la más absoluta malicia y que todo se debió a una coincidencia.

¡No!

Lo hizo adrede, con toda su mala intención. Qué pretendió con ello, es cosa que no se me alcanza. Pero si tenía que suponer algo, me inclinaba por la idea de que, sospechando los pensamientos que bullían en mi cabeza, tuvo la desfachatez de revelarme de aquel modo que no era ningún tonto y que de sobra conocía los motivos de mi visita al edificio destinado —es un decir— a zoológico.

Si por un instante llegué a pensar que le había engañado, él se encargó de decirme, a través del libro, que no era así.

Cuando bajé al salón principal, ya lo ocupaban Michael y Jean, en compañía del médico. El primero teniendo a sus pies a «Billy», el enorme perro que tanto cariño le había tomado.

—¡Ah! —exclamó Screiber al verme—. Nuestro buen amigo Dupont. Pase y póngase cómodo. Enseguida nos sirven el desayuno.

Yo no tenía el menor apetito y, si he de ser sincero, tengo que decir que la sola presencia de aquel hombre me producía escalofríos. Mirándole tenía la impresión de que nosotros éramos pobres moscas, presas en su tela de araña.

—Le he contado al doctor el motivo de nuestra presencia en las proximidades de la isla —oí decir a Michael e instantáneamente se encendió una lucecita de alarma en mi cerebro.

—¿Qué le has contado...?

Le miré.

—Sí —me desafió Michael—. Creo que si alguien puede decirme algo de mi hermano es él. Conoce como nadie toda esta zona del océano.

—Muy cierto —asintió Screiber—. Desgraciadamente, no puedo ayudarles en ese asunto. Nunca oí hablar de ningún forastero llamado Duladier.

A todo esto, un silencioso indígena había colocado el servicio de desayuno en la mesita.

—Coman ustedes, caballeros —invitó el médico y el mismo dio el ejemplo comenzando a colocar una capa de mermelada en una tostada—. Como ven, estoy alejado de la civilización, pero eso no quiero decir que haya renunciado a los beneficios de la misma. Profiero esto —sonrió— que un desayuno a base de jugo de coco y plátanos. Pero dígame, señor Duladier, ¿qué buscaba su hermano por estas islas? ¿Hacía simplemente turismo o le empujaba un motivo concreto?

Michael vaciló. Ante su sorpresa —lo percibí claramente por la mirada que me dirigió— fui yo quien respondió.

—Doctor, el hermano de mi amigo estaba un poco trastornado.

—¿Quiere usted decir que era un loco? —frunció el ceño Screiber.

—¡Oh, no! Simplemente, que padecía una extraña obsesión. Estaba empeñado en descubrir un medio para burlar a la muerte.

—¿Qué? ¿Pero es que existe alguien que puede creer semejante disparate?

Screiber adoptó un semblante de escepticismo. Lo que son las cosas; a pesar de su expresión, a mí me invadió la sospecha de que nada de lo que le decíamos era nuevo para él y que, por el contrario, estaba más que enterado de todo.

—Pues sí, eso es lo que él creía —continuó—. Total, desapareció, dejándonos una carta para abrirla cuando hubieran transcurrido ocho años de su marcha...

Michael me miró y en sus ojos leí como en un libro abierto lo que estaba pensando. «¿No te parece que le estás dando demasiados datos?».

—Cuando transcurrió el plazo, abrimos la carta y, para no cansarle, le explicaré que nos decía que estaba sobre la pista de algo muy importante y nos facilitaba un plano con la localización de una isla en estos mares... Fletamos un barco, emprendimos la aventura y lo demás, ya lo sabe usted. El naufragio... y eso es todo.

Ya lo había dicho. Ahora faltaba por comprobar si mi determinación iba a tener los resultados que yo deseaba.

—Dígame. ¿Recuerda usted en qué punto del océano estaba esa isla que me menciona?

Había dado resultado, porque aquello, precisamente aquello, era lo que yo deseaba oír de labios de Screiber. Su interés por conocer el dato. Audazmente, jugué mi segundo naípe.

—Sí —le miré fijamente a los ojos—. Esa isla, era exactamente esta. La suya, doctor.

En un primer momento, el semblante del médico pareció acusar el impacto de mi atrevida afirmación. Pero, enseguida, recobró su expresión de tranquila placidez.

—¿Esta? O su amigo no sabía lo que estaba haciendo, o ustedes han

debido confundirse, caballeros. Desde hace muchos años, van para quince, aquí no ha habido otro hombre blanco que no sea yo. Y les puedo asegurar que jamás se me ha pasado por la imaginación dedicar mi tiempo a majaderías tan grandes como esa de la que me han hablado. Por tanto, esta no es la isla que ustedes buscaban.

—Si usted lo dice, nosotros no vamos a ofenderle poniendo en duda su palabra —dije prudentemente, pensando que acaso había ido demasiado lejos y convenía establecer una pausa.

Cambié una significativa mirada con Michael y aunque en sus pupilas leí cierto desconcierto ante mi actitud, me hizo un levísimo gesto con la cabeza, aprobando mi decisión.

—Entonces, caballeros —dictaminó Screiber—. El asunto está terminado.

—Doctor, hay algo que desearía preguntarle —terció Michael—. ¿Qué posibilidades existen para que abandonemos su isla? Le estamos muy agradecidos por su hospitalidad, pero usted mismo comprobará lo mucho que nos agradecería regresar a nuestro país.

—Creo que ya le dije que no veo grandes posibilidades de poder acceder a sus deseos. Prácticamente, aquí estamos aislados... Es algo que yo mismo decidí. Por tanto, temo que su estancia será muy prolongada.

—En resumidas cuentas —medié en la conversación—. Que estamos prisioneros en esta isla y que jamás vamos a poder abandonarla.

—¡Por Dios! —pareció escandalizarse Screiber—. Yo no diría eso. Ustedes no son prisioneros. Son huéspedes, que es algo muy distinto. Son mis invitados... ¿Tienen alguna queja de mi hospitalidad?

Por aquel camino no íbamos a ninguna parte. Estaba perfectamente claro que, aunque dispusiera de medios para facilitarnos nuestra marcha, el médico no iba a proporcionárnoslos.

—Y ahora, caballeros, si me lo permiten —Screiber se levantó de su asiento—. Tengo asuntos que resolver en otra parte. No crean que paso mi tiempo dedicado a la holganza. Hay trabajos que me esperan. Me perdonarán si los abandono por algún tiempo... Nos veremos a la hora del almuerzo. Entretanto, son ustedes libres de hacer lo que estimen conveniente. Pueden ir donde les parezca.

Michael esperó hasta que las pisadas de Screiber se perdieron en la distancia. Entonces, se volvió, fijando su mirada en la mía.

—Paul, me parece que nos debes una explicación...

—Desde luego —asentí.

Concisamente, narré a mis compañeros lo ocurrido la pasada noche. Sus reacciones fueron muy distintas. En tanto la cara de Michael reflejaba el interés que le producía mi relato, la faz de Jean era toda una muestra del miedo que le dominaba.

—Dije, señor, y me reafirmo en ello, que nada bueno podíamos esperar de este hombre. No me asusta morir; lo único que siento es que mis viejos huesos se pudran en un lugar tan infernal como este, sin que me quede el consuelo de saber que vayan a ser cristianamente enterrados.

—¡Calla, viejo tonto! —exclamé irritado—. Todavía no estamos muertos.

—Pero lo estaremos, señor —fue el «animoso» comentario de mi viejo servidor.

—Yo creo —opinó Michael— que Screiber debe de tener una embarcación en alguna parte. La isla es muy grande, como nosotros mismos hemos comprobado y nos queda por examinar su zona norte. ¿Quién nos asegura que no dispone de algún pequeño puerto, de alguna ensenada, con un barco a su disposición? Creo que no estaría de más echar un vistazo a esa zona.

Medité aquellas palabras, encontrándolas sumamente juiciosas.

—Según Screiber, podemos ir a dónde nos plazca. Tenemos libertad absoluta. Pues bien, vamos a comprobarlo. Iremos hacia el norte. Ahora bien; esto no puede parecer una huida. Iré a buscar al doctor para decirle que deseamos explorar un poco la isla, a fin de distraernos. Veremos cuál es su actitud. ¿Qué os parece?

Michael se mostró de acuerdo. En cuanto a Jean movió la cabeza con pesadumbre y masculló que iba a dar igual que «aquel demonio de hombre» lo supiera o no, porque estábamos en sus manos y, al final, todo vendría a resultar como a él lo diera la gana.

En la puerta vi a uno de los nativos. Yo no sé si Screiber lo había colocado allí de guardia para que nos vigilase discretamente o su presencia en tal sitio era debida a la casualidad. Interiormente, me incliné por la primera suposición. Le pregunté dónde podría encontrar al médico y me contestó que estaba en su laboratorio y que había dado orden de que no se le molestase. Alegando que eso no contaba con nosotros le pedí que me guiara hasta el sitio indicado. «Yo no guiar» —fue la respuesta del indígena—. «No poder ir a ese sitio. Ser prohibido» —añadiendo que, de hacerlo, el doctor le castigaría—. «Ser tabú» —insistió tratando de obstaculizarme el paso.

—«Tabú» para ti, no para mí —repliqué, en tanto intentaba empujarle para que se quitara de en medio.

—No pasar. Tú ir donde quieras, menos laboratorio. ¡Ser «tabú»!

A todo esto Michael se había acercado silenciosamente y escuchaba las palabras del nativo. Hábilmente se colocó detrás de este y, con un rápido movimiento, le echó los brazos al cuello, aplicándole una llave «doble Nelson», capaz de romperle las vértebras.

—¡Lárgate, Paul! —me gritó—. Yo me ocupo de este inoportuno.

Libre el paso, salí del edificio, mirando a un lado y otro, intentando adivinar dónde estaría el laboratorio que mencionó el nativo. Un vago instinto me aconsejó dirigirme al barracón visitado la noche anterior. Era muy grande y el médico no me lo enseñó en su totalidad. Con la luz del día pude examinar mejor el «zoológico» del médico. Pasé ante las jaulas e iba a seguir adelante, cuando me llamó la atención un detalle; el recinto donde vimos al hermoso leopardo, estaba vacío. El animal ya no se encontraba detrás de las rejas.

Al fondo vi una puerta encristalada. Tuve un momento de titubeo, pero al fin, decidido, ponía mi mano en el pomo del picaporte, cuando la puerta se abrió, revelando en su umbral al doctor Screiber.

Confieso que, al verle, me asaltó un sentimiento de miedo. Me preparaba para enfrentarme a la ira del médico al ser sorprendido en un sitio al que tenía prohibido acudir, pero, ante mi sorpresa —y mi alivio—, no ocurrió nada de eso. Screiber me miró de arriba abajo, encogiéndose de hombros y finalmente, se hizo a un lado.

—Adelante, señor Dupont. Confieso que esperaba su visita. Pase.

Lo que encontré en aquella estancia no fue un laboratorio, sino un equipo quirúrgico perfectamente montado. El detalle que más llamó mi atención fue contemplar el cuerpo inmóvil del leopardo amarrado en una mesa de operaciones.

Detrás de mí, oí la risa sarcástica de Screiber y, al volverme, pude ver la expresión burlona reflejada en sus facciones.

—Bueno, amigo mío, ya ha conseguido usted su deseo. Rabiaba por enterarse qué era lo que yo hacía en esta isla solitaria, ¿me equivoco?

—Doctor, mi única intención al venir aquí, era solicitar su permiso para emprender una expedición hacia la zona norte de la isla...

—¡Vaya, vaya, cuánta cortesía! —moduló, irónico—. Mire, querido amigo, vamos a dejarnos de comedias. Me parece que ya es hora de que hablemos claro. Le digo esto, porque estoy harto de sus sospechas y suspicacias. Usted quiere enterarse de algo que, en realidad, no le importa. Muy bien, voy a satisfacer su deseo.

Señaló el cuerpo del leopardo.

—Eso le intriga, ¿no es cierto? ¡Pero si desde el primer momento supe los pensamientos que bullían en su cabeza! Usted está empeñado en ver en mí a otro doctor Moreau... Por eso, le facilité aquel libro. Y ahora, viendo a ese pobre animal, casi está seguro de lo que piensa.

Se detuvo, me miró con una profunda expresión de desprecio y casi me escupió en la cara.

—¡Imbécil!

—Doctor, no creo que sea muy amable por su parte insultarme...

—¡Cállese! —de repente perdió su habitual flema para mirarme con

pupilas donde relucía la cólera—. Le he llamado imbécil y lo repito. Solamente un idiota podría pensar que las fantasías de Wells pueden llevarse a la realidad. Convertir a los animales en seres humanos es puro disparate... Se lo digo yo ¡un puro disparate! Hay cosas que no pueden hacerse. No se puede ir contra las leyes inmutables de la naturaleza. Y usted ¡pobre insensato! se ha dejado llevar por la imaginación... ¿Se asombra de que me ría y le catalogue como un perfecto imbécil? Pero ¿qué quiere que piense de ustedes? Yo no los invité a venir a esta isla. Se han colado como unos intrusos. En lugar de echarlos otra vez al mar, los recibo en mi casa, les concedo mi hospitalidad y, como pago, se empeñan en enterarse de lo que no les importa.

Era una verdadera catarata de palabras la que vertía sobre mí. Comenzó a pasear nerviosamente por la estancia, hasta que se detuvo frente a mí, como si hubiera tomado una decisión.

—Está bien. ¿Qué demonios quiere usted saber?

—Lo primero, desearía que me dijera qué fue del hermano de mi compañero. Estoy seguro de que llegó a esta isla.

—Claro que llegó —replicó fríamente—. Otro imbécil. Yo no sé cómo pudo enterarse de mi existencia... Y se presentó un buen día nada menos que con la pretensión de que yo le hiciera partícipe de mis descubrimientos. Ciertamente que andaba obsesionado con la loca idea de burlar la muerte o, al menos, alargar la vida. Todavía constituye para mí un misterio cómo conoció mi existencia y los trabajos a los que me dedicaba...

—¿Qué fue de él? ¿Murió?

Si Jean hubiera estado presente, se habría reafirmado en la idea de que Screiber era el demonio o, al menos, su más fiel servidor, tal fue la maligna expresión que adoptó su semblante.

—¿Morir? ¡Oh, no! Yo no soy un asesino, mi querido amigo.

—Pues entonces... ¿Qué fue de él?

—Eso es algo que no debiera usted preguntarme, si se tiene en cuenta que lo ha estado usted viendo todos los días...

—¿Cómo? Doctor, aparte de mis compañeros, al único hombre blanco que me ha sido dado contemplar, es usted.

—¡Le digo que puede verlo cuando le dé la gana! ¡Lo tienen ustedes delante de sus ojos!

Por un momento, creí que Screiber se reía de mí. Pero en su semblante no pude reconocer la menor huella de burla. Al contrario, se mostraba muy serio.

—¿Quiere que le diga más? —dijo con una frialdad que me inquietó—. Ahora mismo, su amigo se encuentra en compañía de ese hermano que con tanto ahínco busca... No me mire usted así, que sé lo que me digo. Vamos a ver... ¿Recuerda usted a «Billy»?

—¿El perro? —le miré asombrado—. ¿Y qué tiene que ver ese animal con...?

—Tiene que verlo todo, pobre ignorante —el médico me hablaba como pudiera hacerlo el maestro con un alumno—. ¿No se fijó en su extraña manera de proceder? Desde que llegó su amigo, desde que lo vio, no ha habido forma de separarlo de él. ¿Es que no le extraña tan súbito cariño? ¿Es que no lo ha oído usted gemir cada vez que se restriega contra sus piernas?

Le oía y era como si me hablara en un idioma desconocido porque me resultaba imposible adivinar qué era lo que pretendía decirme. Por más que me esforzaba no lograba establecer la menor relación entre el hombre desaparecido y un perro al que jamás habíamos visto hasta que arribamos a la isla.

—Doctor... Me perdonará si no lo entiendo...

—Pues es usted, como acertadamente le calificué, un perfecto imbécil. ¡Ese perro es el hermano de su amigo!

—¿Qué?

«Loco» —pensé—. «Este hombre está loco».

—¡No lo estoy —exclamó con ira, adivinándome el pensamiento—. Yo no hablo de su cuerpo, de su apariencia exterior... Eso, sí es un perro. ¡Hablo del cerebro, estúpido!

Me agarró por un brazo, arrastrándome ante la mesa de operaciones, señalando al leopardo.

—Vea usted, pobre ignorante. Yo no puedo cambiar los cuerpos. Eso es imposible... Pero lo que hizo Bernard con el corazón, es decir, el trasplante... ¿Quién me impide realizarlo con los cerebros? ¡Esta es la solución que no pudo encontrar Wells porque vivió en una época donde no existía Bernard... Por eso escribió aquel absurdo... ¡Pero yo sí he podido hacerlo!

Le miré con horror. Tal fue el pánico que me invadió que me quedé rígido, sin poder articular una sola palabra. Y el terror estaba más que justificado, si se tiene en cuenta que lo expuesto por aquel demonio era algo de lo que se había venido hablando, pero que nadie intentó llevarlo a efecto.

¡Sreiber lo había hecho!

¡Trasplantaba cerebros humanos en cuerpos de animales y viceversa!

—Sí, yo lo he conseguido —me miró con infinita soberbia—. Ese majadero que buscan fue mi mejor experimento. Le saqué el cerebro y lo alojé en la cabeza de mi perro... ¡Ahí lo tiene usted! ¿No se asombra de mi gran descubrimiento científico? Un animal con cerebro de persona... ¿Recuerda usted a aquella muchacha, Mara? Era una nativa... muy hermosa por cierto... ¡Tiene el cerebro de una enorme serpiente boa! De ahí aquel

ataque contra usted... Faltó poco para que lo ahogara, ¿verdad? Los nativos han sido magníficos medios para mis experimentos. Los encontrará usted con cerebros de tigre, de leopardo, de oso... de mono ¡Yo he logrado cambiar la vida! Por eso me encerré en esta isla, por eso. Porque no ignoraba que los necios no iban a apreciar lo que yo podía hacer...

—Loco —balbuceé—. Loco...

Me parecía estar viviendo una espantosa pesadilla. El descubrimiento de la verdad era más terrible de lo que yo pensaba.

—¿Loco? —Sreiber me miró con ojos demenciales—. ¡Estúpida Humanidad! Al genio lo califican como loco... Galileo estaba loco porque descubrió que la Tierra era redonda. Faltó poco para que diera con su cuerpo en la hoguera... Leonardo da Vinci era otro desquiciado porque con sus inventos se adelantó a su tiempo... Miguel Servet tenía perdido el juicio y por eso descubrió la circulación de la sangre y, como premio, lo quemaron vivo... ¡Todos ellos estaban locos!

No sé cómo enjuiciar su risa si como demencial o como un sonido que bien pudiera haber exhalado un demonio.

—El idiota que vino aquí y que ahora tiene su cerebro en la cabeza de «Billy» no andaba descaminado... ¡Yo puedo alargar la vida! ¡Yo puedo convertir a la Humanidad en inmortal! La meta de mis estudios es conseguir trasplantes de cerebros entre seres humanos. Por desgracia, hasta ahora todos mis experimentos en este sentido han fracasado... Por eso continuo estudiando entre animales y seres humanos... ¡Pero lo conseguiré! ¡Lo conseguiré!

Yo estaba temblando de horror.

—¿Por qué supone usted que he establecido unas leyes muy severas para los nativos? Ya le he dicho que tienen cerebros de animales y muchos de ellos, carnívoros. Si se dejaran llevar de sus impulsos podrían tornarse peligrosos... Por eso les prohíbo comer carne. Por eso les está vedado matar... Los domino mediante el terror. Si es preciso, los quemo vivos... Tan solo el miedo los hace obedecerme. ¡Soy su domador! ¿Lo entiende usted? ¡Domo a fieras con apariencia humana!

Me miró, relucientes las pupilas de satánico orgullo. Mi mente se había convertido en un auténtico caos donde los pensamientos se enlazaban unos a otros como serpientes enfurecidas. La confusión y el aturdimiento se mezclaban con el horror. Quería hablar y me resultaba imposible, temblaban mis labios, pero sin conseguir articular ni una sola palabra. Lo único que sabía hacer era mirar espantado a la demoniaca cara del médico.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —conseguí exclamar.

—Ahora ya lo sabes todo —me tuteó con desprecio—. Ya has satisfecho tu curiosidad, imbécil. Aunque dudo mucho de que te sirva para algo.

En aquel momento, yo deseé estar en cualquier parte, menos en la maldita isla de Screiber.

—Y ahora, ¿qué ocurrirá? —hice la pregunta y era como si me la efectuase a mí mismo.

—¿Qué pasará? —me hizo eco, burlonamente—. Creo que debieras imaginártelo. Habéis llegado a mi isla muy oportunamente. ¡Mira!

Me señaló el cuerpo del leopardo.

—Hoy me ocuparé en extraerle el cerebro. Y mañana... ¡Ah, mañana le injertaré otro!

Su risa me heló la sangre. Una atroz sospecha se apoderó de mí, un pensamiento que me produjo escalofríos.

—Lo has adivinado, pobre tonto —siguió Screiber—. La cuestión es, ¿a cuál elegiré? Sois tres... Elimino a tu criado porque ya es viejo y su cerebro está dañado por la edad. Tiene suerte —masculló entre dientes—, porque será el último que aprovecharé... ¿Tu amigo, o tú?

Me miró fijamente como si estuviera sopesando qué cerebro le convenía más si el de Michael o el mío.

—Será el tuyo —decidió—. Eres el más listo de los dos y, por otra parte, me cansa tu curiosidad. Mañana cambiaré tu cerebro por el del leopardo.

Hablaba fríamente como si lo que estaba diciendo no tuviera la menor importancia. Me lo decía en mi propia cara, sin inmutarse lo más mínimo. Como si no se diera cuenta del horror que sus palabras me producían. La operación que planeaba, para él, no debía tener mayor importancia que la extirpación de un apéndice.

—Usted no puede hacer eso —articulé roncamente—. Usted no puede violar la ley divina... No puede ir en contra de los designios de la Providencia... Le recuerdo que existe Dios...

Acogió mis palabras con una nueva carcajada.

—Pero ¡qué imbécil eres! Claro que puedo hacerlo... Y no me hables de la Providencia, ni de Dios... ¡Yo soy el dios aquí! —barbotó y en aquel momento me convencí que estaba ante la presencia de un demente—. Nadie puede oponerse a mis deseos... ¡Estúpido! Mi dios es la Ciencia! A ella sirvo... Y por eso, mañana, tu cerebro estará en la cabeza de ese leopardo... Anda vete... Mira si estoy seguro de que nada ni nadie puede impedir mi experimento, que te dejo libre para que vayas donde quieras... Viniste a pedirme permiso para explorar la zona norte... Puedes hacerlo... No encontrarás ningún barco, si es eso lo que piensas... ¡No podéis salir de esta isla, estúpidos! A una palabra mía, mis súbditos —recalcó esta palabra— darán con vosotros, estéis donde estéis... Por lo tanto, ve a dónde te parezca...

Jamás he oído reír al diablo, por la sencilla razón de que nunca me he

encontrado en su presencia. Pero si me hubiera sido dado hacerlo, no dudo lo más mínimo que su risa en nada se diferenciaría de aquella que motivaba sacudidas en el cuerpo del loco.

Tambaleándome, salí del edificio...

Capítulo 9

D

EBÍA estar lívido cuando penetré en la estancia donde me aguardaban mis dos compañeros. Mi semblante debía revelar bien a las claras el estado de ánimo que me dominaba, porque apenas me vio, Michael frunció el ceño y, levantándose del asiento que ocupaba, avanzó hacia mi encuentro. Lo más horrible, lo que me impresionó fuertemente, fue ver cómo el enorme perro, se apresuraba a seguirle. No pude impedir que mis ojos fueran a posarse en el animal, desentendiéndome de mi amigo. Algo de lo que este no pudo por menos de percatarse.

—Pero ¿qué pasa, Paul? —inquirió—. ¿Qué es lo que tanto te llama la atención de «Billy»?

No podía separar mi mirada de los ojos de animal. Ignoro si es que estaba sugestionado por las revelaciones del siniestro médico o que, efectivamente, fuera así, pero el caso es que en aquellas pupilas me pareció sorprender una expresión humana.

—Te he preguntado por qué demonios miras con tanta atención al perro —oí cómo insistía mi compañero, algo molesto por el poco caso que le hacía—. Vamos, ¿qué rayos ocurre? ¿Has visto a Screiber?

En aquel mismo instante me prometí no revelar jamás la increíble y odiosa verdad. Enterarse del horrible destino sufrido por su hermano hubiera sido espantoso para él.

—Sí —asentí por fin—. He visto a Screiber. Si encuentras por ahí algo de licor, sírreme un buen vaso, Michael. Lo necesito.

Sin hacer comentario alguno, mi compañero fue a la mesita donde estaban las botellas y llenó un vaso de *whisky*. Entretanto, yo me instalé junto a Jean y le miré a la cara, pensando que de los tres, si se cumplían las predicciones de Screiber, iba a ser el más afortunado. Lo dejaba para el último... Y dicen que mientras hay vida, existe la esperanza.

Michael regresó a mi lado, entregándome el vaso de licor. Lo apuré de un trago. Cuando fui a depositarlo en la mesita, vi cómo mi amigo acariciaba la cabeza del perro. Aquello ya era demasiado para mí y desató mis nervios.

—¡Por lo que más quieras, Michael, ya basta de tanto acariciar a ese perro!

—Pero bueno —dijo él, mirándome con extrañeza—. ¿Qué ocurre? Desde que has entrado te estás comportando de una forma muy extraña...

¿Por qué te molesta que acaricie a «Billy»?

—¡Olvídate del perro! —grité, porque tenía los nervios a flor de piel—. He visto a Screiber y solo os digo una cosa. Sea como sea, ignoro cómo, pero es preciso que abandonemos la isla enseguida. Vale más morir en el mar, que quedarnos aquí.

—¿Qué ha pasado?

—Screiber está loco. Rematadamente loco. Y lo peor es que, si tuviera normal su cerebro, sería un gran científico. Así también lo es, pero... ¡Lo que hace es lo más horrible que podéis imaginaros!

Se lo dije. Expuse los hechos crudamente, sin ahorrarles el menor horror. Lo único que silencié fue lo que había hecho con el cerebro del hermano de Michael. Era demasiado espantoso para que él se enterara.

—¿Es posible eso, señor? —tartamudeó Jean.

—Tú eres médico, Michael. Dile a Jean si puede hacerse una cosa así.

—Nada lo impide —tembló la voz de mi amigo—. Entra en el campo de los trasplantes. Pero hasta ahora, ningún cirujano ha conseguido el éxito, que yo sepa. Supongo que se habrá experimentado con animales... Si Screiber lo ha conseguido, no cabe la menor duda de que es un genio.

—Un genio que mañana, si no logro impedirlo, me quitará el cerebro para colocárselo a un leopardo —gruñí—. Yo no sé si todo lo que me ha dicho es una verdad u obedece a fantasías de su mente enferma. Me inclino a creer lo primero... Me basta recordar a los nativos y esos ojos de fiera que tanto llamaron mi atención... Y lo que me ocurrió con aquella muchacha, Mara... Sea como sea, no pienso esperar a cerciorarme de los hechos...

—Le dije, señor, que ese hombre ora el mismo demonio —dijo Jean, que parecía obsesionado por una idea fija—. Por desgracia, no me he equivocado. Siento que todo tenga que terminar así, señor.

—Ya está bien, Jean. Todavía no ha terminado.

Michael me miró interrogante.

—¿Qué podemos hacer, Paul? Sin una embarcación, es imposible abandonar esta maldita isla.

Era cierto. Teníamos toda la isla a nuestra disposición para recorrerla de un extremo a otro; pero eso no anulaba el hecho de que éramos unos prisioneros del enloquecido médico. Estábamos a merced de los caprichos de un loco criminal.

Cuando más desesperado estaba, harto de torturar mi mente, sin encontrar solución al problema, oí la voz de Jean.

—Señor... Estoy recordando la barca en la que llegamos. ¿Recuerda que la introdujimos mucho en la playa para que no pudiera llevársela la marea?

La dulcísima voz de un ángel anunciando mi entrada en el Cielo, no me hubiera parecido más subyugante que la de mi viejo servidor. Era cierto lo

que decía y me llamé mil veces tonto por no haberlo recordado.

—¡Es verdad! —de repente sentí cómo la esperanza renacía en mí—. ¡Tenemos la barca!

—Pero sin remos —me recordó sombríamente Michael—. No podemos dirigirla.

—Los remos pueden improvisarse. En el bosque hay maderas... E incluso, una vela. Nos llevaremos las sábanas... Y agua, víveres...

Fríamente examinada, nuestra intención no tenía muchas probabilidades de éxito. Pero era la única ¡la única! de la que disponíamos. Una oportunidad de salvación, entre mil. Pero no había otra. Quedarse en aquella isla siniestra, ya sabíamos a lo que equivalía. Puestos de acuerdo, Jean se ocupó de vaciar las botellas del licor para llenarlas de agua.

—Ve con Michael —le ordené—. En alguna parte de esa casa, tiene que haber una cocina. Buscarla, llenar esos recipientes de agua, coger todos los alimentos que podáis... ¡ah! Y si hay algún cuchillo, apoderaros también de él... Yo voy a la habitación. Las sábanas nos servirán para transportar los paquetes y hacer una vela... ¡Rápido!

De repente, todos nos sentimos presos de una febril actividad. A ninguno se nos ocultaba las escasas probabilidades que teníamos de sobrevivir, pero lo que no ignorábamos era que de permanecer en la isla, posiblemente nuestro final sería peor, infinitamente peor, que perecer en alta mar.

No había pasado mucho tiempo cuando estábamos de nuevo reunidos en la gran sala del edificio. Rompimos una sábana, fabricando con ella unas rústicas mochilas en las que colocamos seis botellas llenas de agua y los víveres de los que se había apoderado Michael. Algunas cajas de conservas, quesos, frutas secas y carne ahumada. Y lo que era más importante, en la cocina encontraron varios cuchillos.

—¿Ya? —me miró Michael.

—¡Ya! —repliqué con decisión.

Ignoro qué pensamientos atravesarían las mentes de mis compañeros. Supongo que los mismos, o muy semejantes a los míos. Incertidumbre, recelo, tensión...

Pero yo tenía que sufrir un horror más. Yo solo.

Y fue que al dirigirnos a la puerta, el enorme perro se apresuró a seguir a Michael, en tanto gemía lastimosamente. Mi amigo acarició la cabeza del animal, en tanto murmuraba que si en algo sentía abandonar la isla era por «Billy», al que le hubiera gustado llevar con él.

—Y me parece que no vamos a poder quitárnoslo de encima —terminó — porque le veo muy dispuesto a seguirnos.

—¡No! —grité—. Ese perro se queda aquí... Su amo es Screiber, no tú, Michael. No puedo venir con nosotros. En la barca sería uno más a

consumir alimento y agua.

Fue un buen razonamiento, porque Michael hizo un gesto de comprensión y acarició por última vez la cabeza del enorme animal.

—Lo siento, «Billy» —dijo—. Pero es imposible.

Pronto comenzaron las dificultades. O Screiber tenía montado un buen servicio de espionaje, o su instinto era infalible porque apenas si pisamos el exterior, cuando nos vimos enfrentados al siniestro médico, plantado ante nosotros, con una dura sonrisa en sus labios.

—Caballeros, ¿puedo preguntarles a dónde piensan ir? ¿Me explican, por favor, qué llevan en esos bultos?

—Usted nos autorizó a visitar la isla en toda su extensión —contesté—. ¿Acaso por razones poderosas, ahora anula usted ese permiso?

—Pueden ir donde quieran, pero antes tendrán que enseñarme qué es lo que llevan ahí.

—Está bien, doctor. Se trata de alimentos.

—¿Alimentos? En la isla los tienen de sobra... Crecen muchos frutos comestibles, señores. Por tanto, no les hacen falta. Déjenlos en el suelo. Por otra parte —me miró fijamente—, usted, señor Dupont, tiene una cita conmigo... mañana. Y me resulta imposible aplazarla.

Nos exigía, precisamente, aquello que no podíamos hacer. Abandonar las provisiones y, sobre todo, el agua. Yo llevaba oculto uno de los cuchillos encontrados por Michael en la cocina y estaba dispuesto a utilizarlo. Todo era preferible antes que doblegarnos a las órdenes del loco.

Screiber debió sospecharse algo, porque, sin perder su cáustica sonrisa, metió su mano en uno de los bolsillos del pantalón y cuando volvió a sacarla, empuñaba un revólver.

—Caballeros, lo que más odio es la violencia. Pero veo que ustedes no parecen muy dispuestos a acceder voluntariamente a lo que les pido... ¡Vamos, arrojen esos bultos al suelo!

Todo estaba perdido. Absolutamente perdido y nada podía salvarnos. ¿Nada? La solución llegó por dónde menos podíamos esperarlo. Detrás de Michael surgió el perro, con el pelo del lomo erizado y las mandíbulas abiertas, mostrando sus afilados colmillos. Le vi cruzar delante de mí como una flecha, en un salto que le llevó sobre el doctor. El impacto fue tan fuerte que Screiber cayó al suelo, con el can encima de él. En medio de una serie de terribles gruñidos, los dientes del animal buscaron, y encontraron, la garganta de Screiber, desgarrándosela ferozmente. El médico, en los espasmos de la agonía, consiguió aplicar el cañón de su revólver en la cabeza de su atacante. Hubo una detonación y el perro se desplomó pesadamente sobre el cuerpo del hombre.

—¡Vámonos! —grité—. ¡Hay que aprovechar este momento!

A la carrera, pasamos junto al cuerpo de Screiber. Pude ver su garganta

destrozada y la sangre que manaba de la enorme herida abierta por los colmillos del perro.

No había tiempo para comprobar si estaba muerto. Lo cierto es que con una herida así, no creo que nadie pueda sobrevivir.

Corrimos con todas nuestras fuerzas, atravesando el poblado nativo sin que apareciera ni un solo indígena para impedirnos el paso.

¿Qué puedo decir de lo que siguió?

Huir, siempre huir, buscando orientarnos hacia la costa. De día y de noche, sin apenas concedernos descanso, porque sabíamos que si los nativos emprendían nuestra persecución, nuestras posibilidades de alcanzar la playa, se convertirían en muy remotas.

Lo que sí hicimos fue, al atravesar la zona del bosque, coger unos troncos que más tarde, utilizando los cuchillos, podían convertirse en unos rústicos remos.

En algún punto de la isla comenzó a sonar el batir de tambores.

—Ya han descubierto el cadáver de Screiber —exclamé—. Tendremos que darnos prisa.

Si nuestro andar había sido rápido hasta entonces, se aceleró más todavía, que el terror parece que le pone a uno alas en los pies. Era ya noche cerrada cuando alcanzamos la falda de la montaña donde se hallaba la caverna en la que descansamos nuestra primera noche en la isla. Esto me hizo recordar algo que me erizó el vello; los caníbales Si después de la matanza que efectuaron en ellos los nativos de Screiber, habían quedado algunos y nos sorprendían, íbamos a pasar unos apuros bastante grandes. Pero no dije nada a mis compañeros. Si ellos lo habían olvidado, mucho mejor.

Iniciamos la ascensión ya muy agotados. Tanto, que a mitad del trayecto, tuvimos que detenernos para descansar. Sobre todo, el pobre Jean estaba deshecho.

—Hay que seguir, Jean. Tú puedes hacerlo... —le animé.

—Haré lo que usted diga, señor —me contestó débilmente.

Le ahorraré al lector la descripción de lo que fue aquella atroz caminata. Solo diré que, cuando al fin alcanzamos la playa, apenas si podíamos sostenernos sobre nuestros pies.

Para suerte nuestra, la barca estaba en el mismo lugar donde la dejamos. Reuniendo nuestras últimas fuerzas, la empujamos hacia el mar y, cuando quedó flotando en el agua, de nuestras gargantas se escapó un suspiro de alivio.

Poco a poco comenzamos a alejarnos de la costa.

Antes de que esta se perdiera de vista, miré por última vez a la isla maldita.

Atrás quedaba aquella tierra con sus misterios y sus horrores. Atrás

también, la enorme roca que figuraba una cabeza humana. Jean, para no verla, se volvió en la barca, dándole la espalda. «No es que sea un cobarde, señor —se justificó—, ocurre que con una vez que uno contemple la cabeza del diablo, queda más que satisfecho».

La barca fue adentrándose en el océano hasta que llegó el momento en el que la isla del doctor Screiber se perdió en la lejanía...

* * *

Unos meses después, los tres protagonistas de esta increíble —pero cierta— historia, nos reuníamos en mi casa de París.

Tuvimos suerte en nuestra fuga. Cuando ya habíamos agotado los víveres y el agua, nos localizó un carguero holandés que hacía la ruta de las islas. Lo demás, ya fue sencillo y tan solo cuestión de tiempo, regresar a la civilización.

—Y bien, Paul, ¿qué piensas, ahora que todo ha pasado, del doctor Screiber? Aunque loco, era un genio. Casi llegué a admirarle.

Miré a Michael pensando que si supiera lo que aquel individuo había hecho con su hermano, posiblemente no se sentiría tan indulgente con el siniestro médico. Pero, desde luego, yo no se lo diría jamás.

—Era un loco —dije escuetamente—. Un verdadero demente.

—Bueno, de eso no cabe la menor duda —terció Jean, en tanto nos ofrecía sendos vasos de licor.

—Paul —dijo de pronto Michael—. ¿Tú crees que efectivamente llevaba a la práctica los experimentos de los que se enorgullecía o todo pudo ser una fantasía de su mente enferma?

Bebí antes de contestar.

—No lo sé. Pero si me pides mi opinión, te diré que es muy posible que no mintiera. Y eso era lo más horroroso de todo. Me siento muy satisfecho con haberle perdido de vista, amigo. Y te diré una cosa; me alegro mucho de que haya muerto.

—Es lástima —Paul tornóse pensativo—. Una gran lástima que hombres así acaben con la mente perturbada. En fin.

Hubo un silencio. Cada uno pensaba en las extrañas aventuras que nos tocó vivir en la isla de Screiber. Jean todavía se asombraba de que saliésemos con vida de allí. «Lo diré mil veces, señor —no se cansaba de repetirme—, aquel médico era el mismísimo demonio y pienso que la Providencia nos ayudó muchísimo para salvarnos de sus asechanzas».

—Bueno, al menos todo lo que hemos pasado ha servido para algo, Paul. No has tenido tiempo de acordarte de tu esposa... Creo, y me congratulo, que tu melancolía ha cedido bastante... Claro que no será porque en la isla tuvieras muchas ocasiones de tratar a otras mujeres... En cuanto a mí, ¿quieres que te confiese una cosa? Me acuerdo mucho de

aquel pobre perro, «Billy»... Gracias a él, estamos aquí... Él nos libró de Screiber.

Para ocultar mi turbación incliné la cabeza y fingí beber.

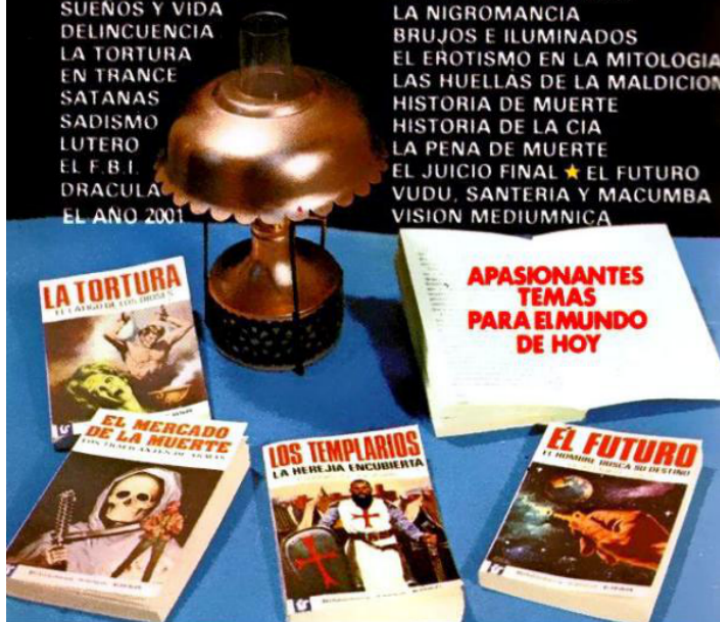
¡Si mi pobre amigo supiera...!

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. 40 PTS.

Notas

[←1]

Célebre novela del escritor británico H. G. Wells, llevada al cine en dos versiones Su argumento se basa en los experimentos de un científico loco que ha conseguido nada menos que transformar a los animales en personas, mediante operaciones quirúrgicas en las que cambia las formas de las fieras en cuerpos humanos.